

No.
142

Doctor

EL PLAN
MAESTRO
DE LOS
DALEKS:
PARTE II



LA MUTACIÓN DEL TIEMPO



JOHN PEEL

AP



AUDIO WHO

Traductores

- Scnyc
- Luna_gris
- Disorder80
- Inukissa
- Lucie de la Tour
- Laura Ramirez
- Ada Mirasol
- Xisco Lozdob
- Lucie de La Tour
- Cele F.
- Lúar
- Patricia Porta
- Mim

Novela corregida por Flor Pond.

Organizado por scnyc.

Ayudantes de traducción y demás cosas: msg_amgeek, Weber

Agradecimientos a webs y foros que han ayudado a difundir estas traducciones y menciones especiales:

- [Doctor Who Foro](#)
- [El Destornillador Sonico](#)
- [Papel Psiquico](#)
- [Asociacion Planeta Gallifrey](#)
- [Con T de Tardis](#)
- [Doctor Who Wiki en Espanol](#)
- [Doctor Who Spain](#)
- Gmail, Facebook y Twitter

Portada realizada por John Smith.

Esta traducción forma parte de 11 meses, 11 Doctores, donde publicaremos una novela de cada Doctor cada 23 del mes hasta llegar al undécimo con el 23 de Noviembre y el 50 aniversario. Únete a traducir, enviando un correo a audiowho@gmail.com

TODOS LOS DERECHOS LOS TIENE LA BBC, JOHN
PEEL Y BBC BOOKS

AUDIOWHO Y NINGUNO DE SUS COLABORADORES
NO BUSCA INFRINGIR COPYRIGHTS SINO HACER
LLEGAR A FANS ESPANOLES EL UNIVERSO EXPANDIDO
DE DOCTOR WHO Y ESPERAMOS CON ILUSIÓN
QUE ALGUN DIA SE EDITEN ESTAS OBRAS EN ESPANOL
DESDE AQUI ANIMAMOS A COMPRAR NOVELAS, CÓ-
MICS Y DEMAS DEL GRAN UNIVERSO EXPANDIDO DE
DOCTOR WHO.

PROHIBIDO LA VENTA O LA COPIA DE ESTA TRADUCCION.

HECHO POR FANS Y PARA FANS.

ESTAS Y OTRAS NOVELAS Y COMICS LAS PODRAS
ENCONTRAR.



AUDIO WHO

Aclaraciones:

- Esto es una novelización del serial A Mission to the Unknown y The Dalek's Master Plan, hasta la parte 5, la primera parte de este serial se recoge en "Mission to the Unknown"

DOCTOR WHO EL PLAN MAESTRO DE LOS DALEKS - PARTE II LA MUTACIÓN DEL TIEMPO

Basado en la serie de televisión de la BBC por Terry Nation y
Dennis Spooner acordado con BBC Books, una división de BBC
Enterprises LTD.

JOHN PEEL

Número 142 en la Biblioteca Target Doctor Who Library



Un TARGET BOOK
publicado por
The Paperback Division de
W. H. Allen & Co. Plc

1

La pesadilla continua

Sara Kingdom se despertó con un grito, inclinándose sobre su cama.

Por unos segundos, no recordaba dónde se hallaba. Su corazón latía con furia, y aún estaba conmocionada de su pesadilla. Poco a poco, mientras se acurrucaba en su manta, la habitación volvía a tener sentido para ella. Cerca de su cama estaba la mesita decorada con la lámpara de Tiffany. Recientemente, había vuelto a la infancia y vio que no podía dormir en la oscuridad por más tiempo. Las pesadillas parecían agruparse a su alrededor, y no podía enfrentarse a eso.

Era su antigua y familiar habitación en la TARDIS, la que había ocupado desde hacía varios meses, aunque en este espacio errático ambulante la máquina del tiempo -espacio medía el paso del tiempo de forma incierta y subjetiva. Sin embargo, esta habitación era la cosa más cercana a una casa que conocía y que tenía desde su infancia, cuando ella y Bret tenían...

Se quedó con esa línea de pensamiento, intentando no llevar copias de las memorias de su fallecido hermano, o de las recurrentes pesadillas. Sabía que ahora no volvería a dormir, por lo que se levantó y duchó. Sintióse un poco mejor, después de esto, hizo una pausa para seleccionar su ropa. A pesar del gran armario que El Doctor había encontrado para ella en uno de sus enormes vestidores, se vistió con su inevitable traje negro que había usado cuando conoció al Doctor y Steven. El emblema del Servicio de Seguridad Especial estaba estampado en los hombros y se sentía mejor llevando el viejo y familiar uniforme de las SSS.

Tanto el Doctor como Steven habían dejado de tratar de convencerla hacía tiempo sobre que se vistiese con otra cosa.

Salió de su habitación y caminó, casi en silencio, por los pasillos de la TARDIS. Sus años de formación como agente los tenía muy habituados en su sistema. Se movía como un fantasma a través de los pasillos desiertos, de vuelta a la zona principal de la nave. Se detuvo en la pequeña alcoba donde había una máquina de comida suficiente para ella y una humeante taza de café. Luego se trasladó a la sala de control.

Como siempre, El Doctor se inclinó sobre los controles, cuidándolos, cacareando una leve irritación cuando no mostraba ninguna desviación en lo que él creía leer. Era irónico, realmente, porque no tenía idea de cómo controlar la nave una vez estaba en vuelo. El Doctor no se había molestado en sentar la cabeza sobre aprender y manejar su máquina, alegando que prefería la vida de un ocioso vagabundo. Ella se preguntaba, a menudo, de la verdadera razón para ello o si no había más. El Doctor dejó escapar información sobre sí mismo como pocas veces pudo. Su pasado era, prácticamente, un uniforme vacío hacia Sara y Steven Taylor, el otro miembro de la tropa TARDIS.

El Doctor tenía pocos motivos para criticar continuamente sobre el uso de su equipo, pensó Sara para sí. Iba vestido con un pantalón a cuadros, levita y la camisa que siempre llevaba con la corbata anudada al cuello tan irregular como nunca. Su larga capa y bastón gris estaban en el perchero de la puerta de salida, junto a su pañuelo de seda y el sombrero peludo, en caso de ser necesarios.

Levantó la vista de la consola, y sus pensamientos restaron olvidados cuando la vio

entrar por la puerta. Su edad, característica del paso del tiempo, arrugaba una simpática e intemporal sonrisa. — Up, ¿temprano?

Ella asintió con la cabeza y se unió a él en centro de control con forma de hongo. -No podía dormir-dijo ella, sorbiendo el humeante café.

— ¿Otra vez los sueños?— preguntó bruscamente.

— Son siempre los sueños-suspiró ella— No puedo pararlos. Sigo viendo morir a Bret, una y otra vez. Sigo viéndome a mi misma disparándolo sin piedad.

El Doctor le puso la mano de forma gentil en el hombro. — Mi niña, en realidad solo debes aceptar que lo pasado, pasado está. Cuando disparaste a Bret, estabas convencida que era un traidor a todo lo que tenías en gran estima. No puedes saber que no fue así. Mavic Chen, el Guardián del Sistema Solar, el hombre de mayor confianza de los planetas, tenía cuenta de ello. No había manera de saber que fue Chen quien trabajó con los Daleks, y no tu hermano.

— Me gustaría creer eso-suspiró Sara— ¡Pero debería haberlo sabido! Bret era mi hermano, y debería haber sabido que él nunca fue un traidor.

El Doctor meneó su cabeza.— Querida, no es tan simple. Hombres mejores que Bret han sido corrompidos por alguna debilidad oculta en sus almas. Puso ser que Bret fuera el traidor. Tú solo hiciste lo que debías hacer. La culpa no es tuya; sino de Chen. Él es el culpable, no tu.

Sara negó con la cabeza — Haces que suene tan simple, como si yo solo...solo fuese una herramienta que se usó para hacer la matanza.

— Y eso es, precisamente, lo que eras, con todos los intentos y fines.— Los ojos del Doctor brillaban con ira— Habías sido entrenada durante años, habías sido afilada, pulida y luego empleada como una herramienta diseñada. Las SSS se desarrollaron en ti. Este es el resultado final de ese tipo de formación; la consciencia es borrosa y todo lo que se os dice de hacer se convierte en lo que hay que hacer. Estas organizaciones son poderosas para un gran mal o un gran bien, pero la gente que trabaja para ellos, inevitablemente, se vuelven menos y menos humanos. Es irónico que los guardianes de la libertad y del liberalismo sean los primeros en perder su libertad y liberalismo, ¿no es así?

— Estás tratando de hacer que parezca que no tenía otra elección que la que tomé matando a Bret.

— No creo que puedas dejar de hacerlo— dijo El Doctor amablemente.— Habías sido entrenada para obedecer e hiciste lo que se te ordenó. Pero, y esto es lo que vi en tu gracia, cuando viste lo que habías hecho, empezaste a cuestionarte. Y te redescubriste a ti misma, escondida detrás de las barreras de la super agente que habías sido formada. Puedo decir con seguridad que con mi ayuda e influencia te has convertido en un ser humano productivo y bueno. La persona que mató a Bret Vyon era la vieja Sara Kingdom, la herramienta de Mavic Chen. Tú, querida, eres la nueva y mejor Sara Kingdom, un ser humano.

A su pesar, Sara casi sonrió ante eso.— Me gustaría creer eso.

— Entonces inténtalo— miró a lo lejos— Mavic Chen es el que deber ser castigado, hija, no tú misma. Planeó traicionar a la raza humana con sus muertes. Se vendió a los

Daleks por poder y condujo a mucha buena gente a la muerte.

Sara sintió un estallido de ira en su corazón que iba dirigida al traidor supremo.—¡Si tan solo tuviese la certeza de que obtuvo la muerte que se merecía!

— Ten por seguro que la tuvo.— El Doctor volvió su atención a Sara.— Hizo una alianza con los Daleks, y tan pronto como descubrieron sus necesidades más lejanas, se vieron obligados a matarlo.

— ¡Quisiera estar segura de ello!— exclamó Sara.— Si tan solo pudiese volver y descubrir qué pasó antes de que abandonáramos a Chen y los Daleks con ese falso núcleo Taranium.

El Doctor le palmeó en el hombro.— A menudo me he sentido así, ya lo sabes. Por ver lo que sucedía. Solo por coger otra pequeña cosa...¡pero no puede ser!

— Solo quiero estar segura de que tuvo un final feliz— respondió Sara. —Saber que todos los sacrificios valieron la pena.

El Doctor sonrió, un poco triste.— Si a un anciano se le permite citar, te daré un poco de Peter Beagle: “No hay finales felices, pues nada finaliza nunca”. Así que si viste que los Daleks mataron a Chen, entonces querrás encontrar otras cosas y luego otras cosas. No habrá finales, todo continua creciendo y progresando. Una de las razones por las que nunca llegué a controlar mi vieja nave fue para prevenirme a mi mismo de caer en tu misma trampa, esperando a ver finales felices.

Se apartó de ella y se quedó mirando al espacio de nuevo.— Es muy tentador, ya lo sabes. A menudo me pregunto qué pasó con la gente conocí, especialmente aquellos que viajaron conmigo en uno u otro momento. Mi nieta, Susan; la dejé para casarse en la Tierra del siglo XXI. A menudo me pregunto qué fue de su vida. Era justo lo que hice cuándo la dejé, ¿um? ¡O Ian y Barbara! Oh, ellos eran un par de problemáticos, ya sabes, ¡cuando nos conocimos por primera vez! Irrumpieron en mi nave y me obligaron a llevarles. Pero, con el tiempo, nos unimos y yo me entristecí al verlos partir. Me gusta imaginar que llegaron a casa y se casaron, y tuvieron un montón de niños ruidosos. Sería terriblemente tentador caer, si tuviese ese poder. O...

Se interrumpió, bruscamente, volviendo al presente.— Ya ves— dijo un tanto brusco.

— Si pudiese controlar la TRADIS, estaría siempre metiendo la nariz en los asuntos de otros y es mejor dejarles vivir su propia vida. Deberías tratar de hacer lo mismo.

Sara asintió con la cabeza.— Dejar que el pasado muerto entierre a sus muertos— añadió.

— Precisamente — asintió El Doctor— O, en tu caso, los futuros muertos. Todas las horas son pasado en esta curiosa vida nuestra, a menos que entremos en una época, para bien o para mal.

— ¿No es un poco temprano para la filosofía?— preguntó Steven desde la puerta. Todavía estaba desperezándose y bostezando, y su pelo no estaba correctamente peinado.

— ¡Ha! — dijo El Doctor volviéndose a él.— Todas las horas del día son un poco temprano para ti. Pensé que estabas hibernando.

— Eso es porque tú lo puedes hacer sin dormir— comenzó Steven, pero se detuvo

cuando el rotor del tiempo en el centro del panel comenzó a disminuir y emitir sonidos profundos y rugientes que procedían de la materialización. — ¡Vamos a aterrizar! — exclamó.

— Muy perceptivo por tu parte— dijo El Doctor, empujándolo a un lado, y apagando la TARDIS. A medida que el rotor se desaceleraba fue cayendo hasta obtener la posición de reposo. El ruido se apagó. Por último, solo el zumbido de fondo de la TARDIS era evidente. El Doctor examinó sus instrumentos, encendió varios conmutadores, y se entretuvo.

— ¿Y bien? — solicitó finalmente Steve.

— ¿Ummm?— El Doctor miró hacia arriba.— Oh, hemos aterrizado, todo bien. Pero de acuerdo con mis instrumentos, ¡la atmósfera que hay fuera de la nave es muy venenosa!

2

El festín de Steven

—¿Venenosa? — repitieron al unísono Sara y Steven.

-Mucho-agregó El Doctor, alegremente.-Oh, realmente letal, pero puede ser muy malo para ti, imagino. Es contaminación, humo y suciedad, partículas de sustancias químicas en el aire.-hizo una pausa, pensativo.-Sabes, he visto estas lecturas antes, si tan solo pudiese recordar...

-Bien, ¿porqué no echamos un vistazo afuera con el escáner?-sugirió Steven prácticamente.

-Estaba a punto de hacerlo-replicó El Doctor de nuevo con irritación. Trabajó con el control adecuado, y se veía todo en la pantalla que colgaba del techo. Se mantuvo, obstinado, en blanco. Cacareando para si mismo, El Doctor volvió de nuevo a los controles, sin mejor suerte.-¡Dios mío, esto no parece que esté funcionando! ¿Qué puede estar mal esta vez? -se arrastró hacia su localizador de fallos. Era una parte del panel de los ordenadores que controlaban constantemente la TARDIS contra los patrones prescritos en ella. El Doctor comenzó a escanear el sistema de control para aislar el problema.

Tras unos segundos, una serie de números aparecieron en la pantalla. El Doctor se puso sus gafas a la mitad para mirarlos. -Circuito Chameleon.-murmuró.-Coordinación de la ruta del Tiempo, ah, aquí estamos, elemento escaneado K17.

El hecho de que otros muchos items mostraran un mal funcionamiento no tranquilizó mucho a Sara, pero el escáner era lo más importante.-¿Es difícil arreglarlo?

-¿Mmm?-El Doctor miró a su alrededor-Oh, no, no, no del todo. Solo es una pequeña placa del circuito. Tengo un repuesto por ahí, lo se. Probablemente, la contaminación llegó a ella. Solo necesita ser encasillada en su lugar.

-Oh, bien, es fácil- dijo Steven, alegremente.-Solo un hueco, entonces.-De repente, se dio cuenta de que El Doctor buscaba con preocupación.-Pero ¿cuál es el problema?

El anciano levantó una ceja, pensativo.-Debe de ser adecuado en el exterior...-Los tres miraron hacia la puerta-más allá de que se extienda..¿qué?

-¿No podemos salir? -preguntó Steven.

-¿Y qué hacemos si en las tierras de otro mundo tenemos lecturas ambiguas, eh? -le preguntó El Doctor.

-No, me temo que lo único que podemos hacer es aventurarnos afuera para reparar el escaner-. Cruzó la habitación a uno de los medallones que formaban el patrón de la pared. Lo abrió y miró dentro. Después de un segundo, fuera de la maraña de circuitos internos, se retiró triunfante. -¡Solo la parte!- sus ojos se movieron, de nuevo, hacia la

puerta-.Ojalá pudiese recordar lo que significaban las lecturas. Sé que me resultan familiar...

El Doctor no estaba equivocado sobre la familiaridad de las lecturas de sus instrumentos: la contaminación atmosférica pertenecía a un planeta que conocía muy bien. De hecho, había sido varado al planeta que conocía muy bien. De hecho, había sido varado a un mundo donde varios meses después de un catastrófico funcionamiento se había obligado a reconstruir parte de la consola principal. Fue cuando él y su nieta seguían viajando juntos y se había visto obligado a pasar un período prolongado en el planeta.

Era la tierra.

Más precisamente, era Liverpool, a finales de 1965. La contaminación venía de la niebla espesa británica, deslizándose en silencio sobre la faz de Mersey. Era temprano, y el tiempo pasaba muy deprisa. Una luz pulverizada de nieve que había caído antes, había quitado el polvo a las calles sucias y las había hecho casi bonitas. La gente se escabullía alrededor, envuelta para protegerse del frío y tratando de mostrar rápidamente una sonrisa alegre. Después de todo, era el día de Navidad y la temporada de la buena voluntad y todo eso.

La TARDIS estaba en un pequeño patio, detrás de un robusto edificio cuyos ladrillos habían sido rojos. Ahora estaban ennegrecidos, salvo por el parche de nieve.

Por encima de la puerta que daba al patio había un antiguo farol con luz azul. Cada uno de los paneles tenía la palabra "Policía" grabada para alertar al público en caso de que hubiese necesidad de los servicios de un Bobby.

Hubo silencio por un momento, y luego el sonido de motor de un automóvil, como el de un coche de policía. Los faros cruzaron la TARDIS, pero murió, como el conductor, obviamente ajeno a la extraña visión. Él y su compañero estaban demasiado ocupados tratando de armonizar el verso final de "El buen rey Wenceslao" en una cabina de policía en el patio. Satisfechos con sus esfuerzos, los dos hombres se sonrieron el uno al otro.

-Hermoso-dijo PC Welland, suspirando-.Simplemente hermoso. Podemos escuchar el canto de las aves en los árboles.

-Si-Contestó PC Blessed-.Me hubiese gustado embrujar a los pájaros fuera de las cafeterías.

En ese momento, el sargento de guardia asomó la cabeza por la puerta de atrás en busca de la fuente de los maullidos a los que había sido sometido. Mientras miraba a su alrededor, sus ojos se posaron en la TARDIS.- ¿Pero qué...? – comenzó- ¿Quién ha puesto eso ahí?

Welland y Blessed salieron fuera del coche y al fin vieron la nueva cabina de policía en el patio.- ¿De dónde vino, Sargento? –preguntó Welland.

-No lo sé –replicó el Sargento Ellis-. ¿Por qué me lo preguntas? Supuse que sabrías qué pasa por aquí.

-Bueno –sonrió Blessed- las cabinas de policía no aparecen de la nada.

-Por lo que yo sé –contestó el Sargento- esta misma bien podría haberlo hecho.

-Tal vez alguien la envió al inspector-sugirió Blessed- ¡cómo una caja de Navidad! Se rió de buena gana ante su propia broma.

La del sargento fue menos divertida.-Quizá quieras quedarte aquí y verlo.

-¿Por qué? –preguntó Welland, molesto-. Hace frio aquí fuera y él quería una taza de té. ¿Crees que va a volar lejos?

-Solo quédate aquí y mantén los ojos abiertos. ¿Vale? – El Sargento les miró y luego volvió a entrar.

Welland se encogió de hombros y comenzó a mover sus pies para mantenerlos calientes. -¿Qué hacemos ahora?

Blessed sonrió de nuevo.- ¿Qué tal unos versos de “While Shepards Watched”...? – sugirió.

Steven volvía a estar en uno de sus estados de ánimos argumentativos siempre que sacara lo peor del Doctor.- ¿Y por qué si no es seguro para nosotros, es seguro para ti y vas afuera? –preguntó.

-Ah, ¿qué dos cosas no entiendes? –replicó El Doctor de espaldas. Se había puesto su abrigo largo y se lo ataba. Comenzó a enrollar la bufanda alrededor de su cuello.

- Por amor de Dios –espetó Sara- vamos a salir a la calle y reparar el escáner.

-¡No! – exclamó El Doctor. Se puso el sombrero peludo y se guardó la placa del circuito. – De dónde venís tú y Steven, el aire es puro. ¡Tras las puertas, el aire posee la peor clase de contaminación que he encontrado! Las petroquímicas están, en parte, quemadas, las partículas en suspensión...

-Entonces no deberías ir por ahí, creo –dijo Steven tratando de ser razonable.

-Mi querido muchacho – respondió El Doctor con paciencia-. Yo estoy acostumbrado a todo tipo de atmósferas. No me afectará. Voy a salir ahí y efectuaré las reparaciones yo mismo.

-¿Y si te pasa algo?-preguntó Sara con preocupación.

-Entonces, ¡y solo entonces! podrás salir-agregó El Doctor-. Pero hay que tener mucho, mucho cuidado.

-¿Y cómo se supone que vamos a saber que te ha pasado algo?-preguntó Steven sarcástico-. El escáner se ha roto, por lo que no podemos ver lo de fuera.

Como de costumbre, cuando no tuvo respuesta, El Doctor recurrió a la intimidación.- Solo dame un par de minutos y volveré a dentro de nuevo.

-¿Y si no estás?-insistió Steven- ¿Cómo salimos afuera y te buscamos?

-Ahora, mira aquí, hijo mío, harás lo que se te diga.

El Doctor hizo un gesto hacia la consola de la TARDIS. –Ahora, solo abre las puertas, y ciérralas inmediatamente después de haberme ido. ¡Inmediatamente!

Con ceño fruncido, Steven hizo lo que le fue mandado. El Doctor se acercó a las

puertas y asomó la cabeza por la TARDIS. Lo primero que vio fue la nieve en el suelo. Lo segundo era un policía alto mirándole incrédulamente. –Buenas noches- dijo El Doctor, cortésmente.

-Noches, señor – respondió Blessed, automáticamente. Luego parpadeó cuando la puerta se cerró de nuevo. Probó para sí mismo, pero estaba cerrada.- Oye –le dijo a su compañero.

-¿Qué? –preguntó Welland.

- ¿Viste eso?

Welland miró a su alrededor.- ¿Ver el qué?

Blessed señaló la puerta. – Eso.

-¿El qué?

- Esa puerta.

Welland examinó la puerta de cerca. Obviamente estaba bloqueada. - ¿Ah, sí?

-Se abrió.

-¿Lo hizo?

-Si- .Blessed volvió a tirar de la puerta de nuevo, pero no cedía.

-Hay alguien ahí.

-Oh, ¿sí?

-Vi su cabeza.

-¿Lo hiciste?

-Si.

-Oh-.Welland miró a la puerta que se mantenía, obstinadamente, cerrada.-Pues vale.

El Doctor estaba tratando de explicarle el problema a Sara.

-Policía- repitió- P-O-L-I-C-Í-A- deletreaba.

-Oh, ya veo- dijo Sara confundiendo sus esfuerzos-. Hemos aterrizado en tu propio planeta.

-¿Qué? Tonterías, querida niña, estamos de vuelta a la Tierra.

-Entonces, ¿por qué no puedo salir a fuera? –preguntó ella.

El Doctor había olvidado las anteriores advertencias sobre sus dos compañeros al salir. ¡Ahora recordaba lo que esas lecturas eran! Había pasado seis largos y duros meses reparando la TARDIS en ese depósito de chatarra en Totters Lane, y ahora Sara y Steven podían sobrevivir en esa atmósfera casi indefinidamente. No había otra cosa rondando en su memoria, pensó. – Ese olor...

-Sí, lo olí cuando te fuiste de nuevo- agregó Sara, arrugando la nariz.- Petróleo, de lo

más desagradable.

El Doctor la miró disgustado.- Eso, querida niña, ¡es el cálido y acogedor olor del pescado frito con patatas! Ah, qué recuerdos...

Sara miró a Steven que se encogió de hombros. El Doctor lo captó, y sonrió, acariciando suavemente a ambos.

-Por supuesto, vosotros dos no lo conocéis. En la Inglaterra del siglo XX, era como la ambrosía, ¡el alimento de los dioses! Un buen trozo crujiente, dorado y dos manojos de patatas fritas... ¡divino!- Se le hacía la boca agua con solo pensarlo-. Caliente, patatas grasientas, una pizca de sal, un chorrito de vinagre...periódico del Domingo pasado...- Arrastró su mente al presente-¡Esas cosas traen recuerdos! Ahora, voy a tener que salir a la calle y tratar de distraer a esos policías. Tal vez les ofrezcamos algunas patatas.

Le entregó a Steven el circuito del escáner. – Espera aquí un minuto, luego ven a fuera y fija el escáner.

Steven no lo veía tan claro.- Creía que dijiste que el aire de fuera era tan malo que...

-No importa lo que dije- dijo El Doctor, irritado-. ¡Tú haz lo que te dije! Ahora, abre las puertas, y ciérralas cuando me haya ido.

-¡Si, señor! –dijo Steven con sarcasmo, saludándolo con crispación, y haciendo lo que le decían. El Doctor desapareció tras las puertas.

Sara miró a Steven con un poco de preocupación. -¿Cuánto tiempo vivió El Doctor en el siglo XX?

-Oh, de manera intermitente durante varios años, supongo.

-¿Ese pescado frito con patatas? –Preguntó Sara-¿Quizá sea un hábito? ¿Tal vez una adicción?

Steven consideró la posibilidad.-Podría explicar algunos detalles acerca de la conducta del Doctor en que...No entiendo a esa gente y cómo puede El Doctor disfrutar de ellos aquí. Comían todo tipo de cosas terribles.

-Lo sé-admitió Sara con fervor-. Especialmente en el invierno. Leí sobre ellos en la escuela. Pudding y aves y cosas que llaman pasteles de carne...- se estremeció- Todo suena repugnante. Las máquinas de alimentos son mucho mejor.

- Sí-contestó Steven-¡Y perfectamente cocinado todo el tiempo!

-Sin quemar petróleo-finalizó Sara.

El Doctor examinó a su alrededor, y, al no haber rastro de los policías, salió de la TARDIS. Cuando las puertas se cerraron tras él, Welland y Blessed le saltaron encima.

Habían estado esperando al otro lado de la TARDIS surgir a su misterioso intruso.

-¡Le tengo!-exclamó Blessed, haciendo hincapié a sus palabras.

-Vamos, pues- añadió Welland- Es un buen policía.

Con más aplomo del que pudo, El Doctor respondió:- Buenas tardes, caballeros. ¿Puedo ayudarles en algo?

Los dos policías miraron por encima a su captivo y abrieron los ojos cuando cogieron su largo y plateado cabello, ropajes extraños y larga capa. Blessed parpadeó varias veces.

Finalmente, dijo: -¿Eres un poco mayor para vestirme como un cantante de pop, no?

-¿Me disculpa?

Blessed gesticuló con su mano. -Es divertida tu vestimenta, y tu pelo largo.

El Doctor lo miró con desprecio.- No tengo ni la más remota idea de lo que estás balbuceando. Ahora, si me perdonas... - Trató de deslizarse de sus manos, pero las cuatro manos le apretaron más en su lugar.

-Espera-dijo Welland. ¿Qué estabas haciendo en esa cabina de policía?

- ¿Y de dónde la sacaste? -Añadió Blessed con guiño confidencial en voz baja.-Ya basta, ¿no?

El Doctor le miró como si fuese un maestro jardinero y habían sido terriblemente ignorantes.

-Señores, no espero que entendáis lo que os voy a decir, pero no es una cabina de policía.

Welland asintió, comprendiendo.-Por supuesto que no. Es el bus número 49.

Ofreciéndole una mirada de disgusto, El Doctor terminó: -Es una máquina construida para investigar el tiempo y dimensión relativa en el espacio.

Los dos policías se miraron uno al otro con total certeza.-Es un loco -sentenció Blessed.

-Escapó de la granja feliz, no debería sorprendernos -agregó Welland.

Al Doctor no le gustaba la dirección que esa conversación estaba tomando. Trató de dirigir su estatura y una mirada furiosa a ambos, pero el esfuerzo no valió demasiado la pena.

-¡Señor! -exclamó-¿Está insinuando que soy un demente?

-Te lo dije -dijo Blessed- es un loco. Empezó a arrastrar al Doctor hacia la puerta de la estación.

-Tengamos cuidado con él-advirtió Welland-.Se pueden volver muy desagradables cuando están chiflados.-El Doctor haría todo lo posible para que esas palabras se hicieran realidad.

El Sargento Ellis nunca estaba seguro si le gustaban o no la Navidad. La mayoría de los grandes criminales tendían a tomarse el tiempo libre para estar en casa con sus familiares y quien no preguntara con cuidado sobre los regalos de vino en el departamento podría pasar a tener demasiados recibos. El negocio, como resultado, era generalmente tranquilo en la estación y podía tener tazas de café extras y, tal vez, un pastel de carne picada caliente, o dos, antes de volver a casa.

Por desgracia, la Navidad tendía a poner de manifiesto a los chiflados de la

carpintería y pensaba en sus puertas. Tal vez eran los espíritus de la Navidad o tal vez era, simplemente, que no sabía alegrarse en un caso más urgente y deshacerse de ello.

Ellis levantó la vista cuando un hombre entró por la puerta principal de la estación. Iba vestido con una gabardina larga, de la que se sacudió la nieve por todo el suelo. A los de la limpieza no les gustaría nada. El hombre llevaba la palabra "loco" escrito en él, comenzó a pisar con fuerza hasta el escritorio y miró a Ellis. Suspirando interiormente, el Sargento miró al hombre.-¿Qué puedo hacer por usted?

-Tengo una queja-dijo el hombre, delgado como un palillo. Olfateó y comenzó a buscar en sus bolsillos un pañuelo.

-Bueno, señor, el doctor está al girar la esquina, y...

El hombre encontró un trozo bastante sucio de tela y procedió a sonarse la nariz con fuerza. Luego continuó: -No. Quiero decir, que deseo hacer una denuncia.

-Ah, ya veo-. Ellis metió la mano bajo el mostrador y sacó el formulario de quejas. Buscó alrededor su pluma, pero no había rastro de dónde la había dejado. ¡Típico! A algunas personas del lugar no harían mella en nada, incluso en Navidad. Buscó en el otro bolsillo.

-Deme su nombre, entonces.

-Ellos están *movien mi asa*-respondió el hombre.

El Sargento tomó una respiración profunda y contó hasta diez.

-Ellos siguen moviendo el qué.

-Mi *asa*

-¿Tu casa?-. Repitió Ellis. Uno que le falta una tuerca, estupendo.

El hombre negó con la cabeza-. Me *envernadero* -explicó-. Son los rebeldes.

-¿Los rebeldes? - volvió a repetir Ellis totalmente perdido.

En ese instante la puerta se abrió con Blessed y Welland arrastrando a un anciano que luchaba por liberarse.

-¿Alguien en CID, Sargento? -jadeó Welland.

-Sí, en línea recta.

Cuando el trío luchador pasó por el escritorio, El Doctor se detuvo y miró fijamente al hombre que formulaba la queja.-¿No te he visto antes? -preguntó bruscamente. Antes de que el hombre lo negara, El Doctor sonrió triunfante.-¡Si, por supuesto, ahora me acuerdo! ¡En el zoco de Jaffa!

Las cosas empeoraban.-¿Jaffa? -repitió Ellis- ¿Porqué siempre me ocurren estas cosas a mí?

-El chaval me dijo que deseaba venir a verte -continuaba el hombre ignorando al Doctor.

-¿Tú qué? - preguntó Ellis sin comprender.

-Sobre mi invernadero -dijo el hombre-. Son los rebeldes.

Ellis cerró los ojos y deseó que todo acabara. Cuando los abrió de nuevo, al menos, una parte de ellos partían. Welland y Blessed se llevaban al anciano a la puerta de la oficina del inspector Windsor. Ellis volvió los ojos hacia el hombre de la gabardina-. Ahora, Señor, -le preguntó-¿a qué rebeldes se refiere?

El inspector Windsor había estado en la fuerza durante treinta años. Parecía un basset hound destartado, con ojeras profundas y rostro caído. Pensaba que lo había escuchado todo en esos treinta años, pero se dio cuenta que estaba gravemente equivocado con esa suposición una vez oído el informe de Welland y Blessed. Finalmente, asintió con la cabeza y se volvió hacia el anciano.

-Mira, ya se que hay escasez de viviendas pero no me creo que sea tan malo que pases la navidades en una cabina de policía.

El Doctor sonrió como si hubiese hecho un gran descubrimiento.

-¡Navidades! ¡Sí, sí, sí, por supuesto! ¡Eso explica la felicidad en la sala!

-¿Quiere decir que no lo sabía? -preguntó Windsor asombrado.

-Por supuesto que no lo sabía-respondió El Doctor ofreciéndole una mirada fulminante-. Viajo demasiado.

Esto despertó la curiosidad del inspector. -Oh, ¿y eso por qué?

-La sed de conocimiento, querido amigo-explicó El Doctor con una sonrisa-. Ustedes tienen un dicho en este país, o no, ¿sobre que el viaje abre la mente? -Estaba seguro que estaba en el siglo correcto para esa expresión.

-¿Este país? -repitió Windsor-¿Quieres decir que no eres inglés?

-¡Dios mío, no! -El Doctor le miró ofendido.

-¿Escocés? - Windsor sabía que los escoceses podrían ser arrogantes si se les tomaba por ingleses a veces. El anciano sacudió la cabeza. -¿Galés?

El Doctor agitó su mano hacia la pared.-Tendrás que pensar más lejos que eso. Tus ideas son demasiado estrechas, demasiado pequeñas, demasiado...-trató de buscar la palabra adecuada-¡demasiado parroquiales!

¡Uno de ese tipo! Suspiró Windsor.- Está bien, está bien, ¿qué eres entonces?

El Doctor clavó la pose volviendo su noble perfil izquierdo hacia el policía.-Bien, supongo que podría decirse que soy un ciudadano del universo, y un caballero.

Blessed miró al inspector con simpatía.-Está tomándonos el pelo, ¿verdad señor? -Windsor deseó saber la respuesta a eso.

Steven tenía decidido improvisar el plan del Doctor después de asomarse fuera de la TARDIS y haber visto a los dos policías agrediendo al Doctor en la estación de policía.

Desapareció en uno de los vestidores de la TARDIS y surgió poco después con un

uniforme de policía terminando el trabajo de abrocharse el abrigo y colocándose el casco.

-¿Cómo me veo?-preguntó con descaro.

-Muy tonto-.Sara negó con la cabeza.-¿Y si El Doctor está bien? No le gustará tu intervención.

Steven rió con burla.-Sé que El Doctor ha ideado algunos planes muy raros en su tiempo pero dudo si incluía ser llevado a la estación de policía como método de distraer la atención de la TARDIS. Voy a ver si puedo ayudarlo y tú acabaras de reparar el escáner. Además-añadió-eres más mecánica que yo y probablemente meta la pata en la reparación.

-También es probable que metas la pata en el recate-. Sara dejó caer su mano en la culata de la pistola que siempre llevaba pese a la desaprobación del Doctor.-Yo podría salir ahí más rápido.

-Estoy seguro que puedes-admitió Steven.-Pero al Doctor no le gusta matar, ¿recuerdas? Yo puedo ser un poco más sutil al respecto.

Sara no estaba segura de eso pero sabía que el bichito de la acción había mordido a Steven y estaba decidido a tirar adelante con su plan. -Oh, está bien-. Ella le siguió afuera de la TARDIS y le vio lanzarse con entusiasmo hacia la nieve de la puerta trasera. Luego volvió su atención al mecanismo del escáner de la TARDIS. Estaba en lo alto de la TARDIS, bajo la palpitante luz azulada. No había manera de llegar desde dónde estaba, así que desvaneció de nuevo adentro de la TARDIS en busca de algo para subir.

*

-Y ahora que se ha ido y se ha mudado de nuevo –dijo el hombre, petulante.

-¿Oh? –se preguntó el Sargento Ellis- ¿A dónde esta vez?

- ¡No lo sé! –exclamó el hombre-¡Por eso he venido a verle!

Otra figura entró en la estación y el sargento se giró a ella, ávido a cualquier excusa para terminar.-Discúlpeme un minuto-le dijo al hombre.

Steven miró a su alrededor. La habitación parecía primitiva, pero muy acogedora. Tarjetas navideñas y adornos decoraban el lugar, y un pequeño banco recorría todo el largo de la pared, debajo los posters ensalzados de criminales y ofreciendo recompensas por información. Un agradable olor a té impregnaba el aire, junto con otros olores que Steven no supo identificar. Pronto se dio cuenta que el sargento se acercaba a él.

Ellis sonrió. – ¿Usted debe ser el tío nuevo de la División G que viene a echarnos una mano mientras estamos cortos?

-¿Le ruego me disculpe?

El sargento frunció el ceño ligeramente.-Pensé que debía ser el nuevo refuerzo de la División G-repitió.

Steven le dio cuenta que había tenido suerte con los oficiales esperando ser un reemplazo temporal.-Oh, sí, eso es-agregó apresuradamente, tratando de copiar el extraño acento del sargento.

-Vengo a por el viejo.

-¿Qué viejo? –preguntó Ellis, perplejo, por el extraño acento del joven. Sonaba como una versión mala de actor del Norte del país.

El hombre de la gabardina le tiró de la manga.-El que se fue como *ere* un minuto –se ofreció, amablemente.

-Oh, él. Está con CID-dijo a Steven- Será mejor que espere a que haya terminado con él.

Steven no tenía ni idea de lo que era CID, pero sus viajes que hizo con los grupos oficiales tendían a ser muy ruidosos, y sabía que las malas preguntas no gustaban al Doctor.- Oh, ¡no! –Exclamó- Tengo que llegar a él.

-Bueno, tendrás que esperar, muchacho-dijo Ellis con firmeza poniendo una mano en su hombro y guiándole hacia el banco.

-Volverá de nuevo muy pronto. Solo espera aquí.

Steven vio que las nuevas protestas podían conllevar a sospechas y hostilidades por lo que decidió que era mejor hacer lo que se decía. Humildemente, se sentó en el banco y esperó a que El Doctor saliese en breve.

-¿Qué pasa con mi *hevernadero*? –le dijo el hombre a Ellis.

Arrastrándose mentalmente, de nuevo, al formulario de memoria, el sargento asintió con cansancio.-Oh, sí, señor. Ahora, ¿dónde está lo que dice?

-Bien, para empezar, ¡no está en mi jardín!

El Inspector Windsor había conseguido, finalmente, que El Doctor tomara asiento y luego señaló a los dos agentes que tenía al lado. -¿Era el único que estaba allí?-preguntó en voz baja.

Welland y Blessed se miraron perplejos. Al fin, Welland se encogió de hombros - ¿Cómo voy a saberlo, Señor?

¿Qué tipo de fuerza de policía había hoy día? Windsor siempre se quejaba de las reducidas normas. -¿Bueno, no te registras? –preguntó- Podría haber un ejército entre ellos, viviendo en una de esas majestuosas cabinas de policía como muchos gitanos.

Blessed sacudió su cabeza con asombro -¿Cuánta gente crees que podría caber en una de ellas? –preguntó.

Windsor no tenía respuesta para eso, pero hizo una señal a Welland. –Vamos afuera a echar un vistazo a esa cabina. Si alguien sale agárralo y empapélalo

Sara salió de la TARDIS con una escalera plegable y con un pesado abrigo de piel. Hacía más frío de lo que esperaba desde de la última vez que había salido. Cerró las puertas con la llave de repuesto y, acto seguido, puso la escalera cerca de la puerta de atrás. Antes de subir y terminar las reparaciones, apareció de nuevo por la parte delantera. -¿A dónde han ido? –se preguntó para sí misma. La puerta se abrió, pero sus esperanzas se desvanecieron cuando apareció un policía de aspecto corpulento.

Welland se detuvo al ver a una bonita joven con un costoso abrigo de piel en la cabina de policía. –Hola, hola –dijo formalmente- ¿Qué haces colgada por aquí, en Navidad?

Sara trató de sonar inocente. –Nada.

Acercándose a ella, Welland golpeó las manos para tener un poco de calor. –Me sorprendí de ver una cabina de policía aquí, supongo-. Probablemente se detenga por una mirada, decidí. No parecía aparecer fuera de ella.

-Oh-dijo Sara dándose cuenta a lo que el policía se estaba refiriendo. Palmeó la TARDIS. -¡Crees que es tuya!

-Bueno, no la mía, exactamente – Welland frotó la ventana con la manga de su abrigo, pero no conseguía ver nada en el interior. –Solo basta decir que nos pertenece. Así que ¿por qué no la dejas donde está y te largas lejos, eh?

-Tengo que arreglarlo- respondió Sara.

-¿Arreglar el qué?

-¿El ojo del escáner?

Welland parpadeó, perplejo: -¿El ojo del escáner?

-Sí – Sara señaló hacia el techo de la cabina, donde la luz se montaba.

Welland asintió. - Normalmente hay graciosillos por aquí en Navidad –observó, intentando parecer severo. –Solo has de largarte, ¿eh?

-No puedo.

-Oh, ¡sí que puedes, señorita! –Welland la fulminó con la mirada- Ya está bien de tu broma. Estoy seguro que tienes una fiesta de la que disfrutar, así que ¿por qué no vas allí ahora?

Sara no podía ser esa línea de pensamiento. –No voy a ir a una fiesta.

-Entonces, ¿qué estás haciendo vestida con semejantes ropajes? –Welland sentía que su lógica era impecable. Un divertido atuendo asomaba bajo su abrigo de piel lo que significaba una fiesta de cualquier tipo. Como el auténtico Sherlock Holmes había deducido eso. – Vete ahora y no habrán problemas.

-Tengo que quedarme aquí.

-Toma mi consejo, señorita, y vete ahora. –Se inclinó y añadió-Si no, tendré que detenerte por vagancia, o alguna cosa similar, y no me gustaría hacerlo. Ya hemos tenido suficientes problemas por esta noche. No me gusta que la gente se cuelgue, pero estamos en Navidades y estamos un poco indulgentes. No queremos hacerte las cosas difíciles.

Era evidente, sin embargo, que intentaría dificultarle las cosas a ella si se quedaba ahí. Sara se encogió de hombros y empezó a alejarse mientras que el asunto no era de su mínimo interés.

Welland la vio marcharse; una muchacha bonita. Metió mano de su memoria para la frase correcta y la llamó: -Que tengas un tiempo oscilante-. Ella saludó con la mano y caminó alrededor de la esquina. Welland se volvió y metió las manos bajo los brazos.- Una chica bonita-musitó, y empezó a patear los pies para calentarlos.

Un momento después, Sara asomó la cabeza por la esquina. El policía estaba de espaldas a ella. En silencio, se deslizó detrás de la TARDIS y se inclinó muy cautelosamente por la escalera, rezando para que los peldaños no crujiesen y alertar de su regreso. Luego, metió la mano en su bolsillo para el componente de reemplazo y comenzó a trabajar en los circuitos del escáner.

El sargento Ellis miró hacia arriba desde la copia de la Gaceta Policial al joven reemplazo de policía que paseaba de arriba abajo. -¿Por qué no te sientas, muchacho? – preguntó con voz amable-. Haces que el lugar parezca desordenado.

Steven paró a medio paso y casi cayó al suelo. Había leído todos los posters en varias ocasiones, y se quedó mirando la puerta de la oficina del CID durante largo tiempo. Estaba seguro que no iba a pasar nada. O que, si así fuese, se trataría del Doctor, un móvil y una llave fueron lanzados al río más cercano.

Para su sorpresa, la puerta interna de la oficina se abrió y El Doctor salió imperiosamente fuera.

-¿Está todo bien? – le llamó Steven.

El Doctor hizo una pausa para examinar su joven compañero con su ropa desconocida. – Por supuesto, por supuesto –mintió-. Pero, ¿qué estás haciendo aquí?

Steven le dio cuenta rápidamente que era el otro hombre quien le examinaba con crítica. Por último el Inspector Windsor preguntó: - ¿Quién eres? ¿Conoces a este hombre?

-Sí- contestó Steven rápidamente. Entonces se percató que su acento había cambiado y añadió: - Quiero decir, sí.

El Sargento se apiadó de él, confundiendo su frustrada respuesta debido a los nervios sobre la reunión con el inspector. -Es un alivio, alguacil de la División G, señor -explicó.

-Sí, así es-asintió Steven – Cuidaré de él.

-Bueno si usted le conoce, ¿tal vez pueda decirnos lo que está haciendo en una cabina de policía?

-¿El qué? - Steven trató de sonar sorprendido.

-La cabina de policía que hay cruzando el patio. Dice que vive en ella.

Steven asintió con la cabeza. -La semana pasada era en un buzón – susurró- Nosotros le sorprendimos tratando de enviarse por correo a la División G.

Windsor estaba feliz de ver la espalda del lunático. ¿Por qué siempre han de salir y arruinar sus navidades? Todo lo que quería era una buena ración de plum duff¹ con una cucharada de crema caliente. -Muy bien, sácale de aquí. Y mira si se queda en esa cabina de policía.

Steven se despidió de ellos con un saludo muy meritorio. -De acuerdo, voy a hacerlo.

Vamos, viejo-. Tiró de la manda del Doctor. El Doctor se liberó a sí mismo y se quedó con el semblante altivo. Bajó su voz.

-Menos lo del viejo-siseó-¿Y qué pasa con ese acento gracioso?

-Bueno, todo el mundo lo está haciendo-protestó Steven.

Entonces, El Doctor levantó una ceja en señal de desaprobación y permitió a Steven que lo dirigiese afuera. El Sargento Ellis les seguía deseoso de ver por última vez al anciano. Como todos, entró por la puerta y Welland rompió la postura de alerta por lo que decidió que era mejor estar ocupado. Empezó a buscar alrededor del patio y vio a Sara bajando la escalera de la parte superior de la TARDIS.

-¡Aquí! -dijo cuando la agarró-¿Qué estás haciendo? -se volvió al impotente sargento. -No sé de qué se trata esta cabina policial. Primero este viejo sale de ella y ahora coje una escalera para subirse a ella.

Sara decidió que había sido educada el tiempo justo. -¡Déjame ir! -exigió.

-Está bien -dijo Steven dando un paso adelante para ir en busca del blaster oculto. -To la conozco.

-¿Si? -dijo el Sargento.-Bien, parece conocer algo de los raritos - ¿Quién es ella?

- Es una...-Steven buscó una explicación plausible.-¡Una amiga del viejo!

La conversación no iba a ninguna parte, como Sara veía.

-¡Déjame ir! - volvió a repetir con firmeza tirando de Welland al agarrarla. Los dos

1 Típico Pudding navideño.

policías cambiaron el puesto para controlarla mejor, se giró y lo agarró del brazo y lo lanzó, de repente, por encima de su cabeza en una pila de nieve. Welland se golpeó contra el suelo con un ruido sordo y quedó estirado allí aturdido.

Ellis comenzó a moverse y Sara agarró su brazo estirado, torciéndolo, y siguiendo el mismo camino que Welland. Los dos policías lucharon para recuperar sus pies y someterse a esa gata salvaje inesperada. Estaban a tiempo para ver al viejo, el gato montés y al joven reemplazo de la División G desapareciendo en la cabina de policía. La puerta se cerró de golpe.

Ellis y Welland se levantaron y comenzaron a aporrear la puerta. Mientras lo hacían, la luz de la parte superior de la cabina comenzó a parpadear y toda ella comenzó a desvanecerse con un terrible y sonoro gemido. La escalera que había sido apoyada contra la parte posterior de la cabina cayó inmediatamente sobre sus pies.

Ellis aulló de dolor y lanzó el artilugio en cuestión en un montón de nieve. Luego Welland y él se quedaron mirando el lugar donde había estado la caseta segundos antes. Todo lo que quedaba era un cuadrante negro en el asfalto sin nieve.

El Sargento miró a Welland.-¿Qué vamos a decirle al inspector?

- No lo sé. Sea lo que sea, más vale que sea bueno-. Ambos volvieron su mirada hacia el lugar vacío buscando una inspiración que se negaba a venir.

En algún lugar, a lo lejos, un grupo de coralistas comenzó a cantar el “God Rest You Merry, Gentlemen” ...

3

El Ídolo de las Navidades Pasadas

Dentro de la TARDIS, el Doctor se inclinó sobre la consola de control, respiraba con dificultad, pero tenía una sonrisa de felicidad en su rostro. Steven se quitó el casco y el escudo policial y los arrojó sobre una silla antes de cruzar a unirse al Doctor. Sara se quitó su pesado abrigo y sonrió mientras se acercaba.

—Sara, ¡fuiste maravillosa!— Steven exclamó con admiración.

—Estoy de acuerdo — añadió el Doctor, sonriendo.—Muy impresionante.

—¿Dónde aprendiste a hacer ese tiro?— Preguntó Steven, obviamente, con la esperanza de una rápida lección de la técnica.

—En la escuela de entrenamiento de seguridad en el espacio,— Sara respondió con desdén.— Todas las chicas tenían que aprender el combate sin armas en todas sus formas.

—Apuesto a que eras la mejor de la clase—la alago Steven.

Ella era una chica muy atractiva, y Steven nunca perdió la esperanza de que lo encontrara similarmente interesante.

—De echo, yo nunca fui buena en eso. El profesor pensaba que no valía. Deberías haber visto a las chicas que lo hacían bien.

El Doctor se rió entre dientes.

—Bueno, por mi parte te daría la máxima puntuación, querida.

Decidiendo que era hora de cambiar de tema, Steven preguntó:

—¿Supiste fijar el scanner?

—Supe—dijo Sara, mas recatada—Y sin la ayuda de ninguno de los dos.

El Doctor asintió, alegremente.

—Va ser bueno que funcione de nuevo. ¿Has probado esto?

—Por supuesto que no. Ese hombre me agarró antes de que tuviera la oportunidad. — Ella miró al Doctor, preguntándose si debía decirle que era hora de que alguien más hiciera una parte del trabajo. Sabiamente, ella decidió no plantear el tema.

El Doctor se acercó cuidadosamente a la localización de fallas para ver lo que tenía que decir. Mientras lo hacía, sus ojos se posaron en un objeto que estaba en el mismo redondel donde había retirado anteriormente la placa de circuito. Suavemente, él llegó a ella y lo observó.

—El núcleo Taranium.— dijo en voz baja.

Al instante, la jovialidad fue expulsada de la sala. Sara lo miró, y su rostro se ensombreció al recordar el precio que se había pagado antes de haber conseguido robar el corazón de los Daleks. Vio, por un breve instante, la mirada en el rostro de Bret antes de que hubiera muerto en sus brazos. Ella sacudió la cabeza para despejar esos terribles

recuerdos.

—Me había olvidado de los Daleks—susurro.

—Ahora, eso es una cosa que no debes hacer, querida.— el Doctor la reprendió, volviendo a la consola. —Ya construyeron una maquina del tiempo una vez. Y ahora con un acceso al Taranium, quizás ellos podrían construir otra para seguirnos a través del tiempo y el espacio. Sus máquinas del tiempo requieren considerablemente menos Taranium en el núcleo. ¡Pudiéndoles dar un ligero toque de potencia dentro de este pequeño dispositivo! Este trozo contiene el poder de un centenar de maquinas del tiempo. Así que si logran colocar esto en su Destructor Del Tiempo, debería ser capaz de dar rienda suelta a una fuerza increíble!

—Pero mientras tengamos el núcleo Taranium, sus planes no pueden funcionar. — objeto Sara.

—Lo sé—el Doctor estuvo de acuerdo. —Pero No creo que los Daleks ataquen el Sistema Solar hasta que hayan probado su Destructor del Tiempo. Creo que quizás podría ser aconsejable destruir este núcleo tan pronto como sea posible.— De repente, sonrió. —¿Sabes,?nunca me has podido traer mi pescado y patatas fritas.

Este abrupto cambio de tema provoco una mueca en el rostro de Steven.

—Me gustaría que no hubieras dicho eso—se quejó. —¡Ahora también tengo hambre!

—Bueno, vamos a ver si puedo conseguir algo de la máquina de alimentos que nos satisfaga a los dos,— sugirió el Doctor. Antes de que pudiera seguir este plan, sin embargo, el rotor comenzó a disminuir, y el sonido distintivo de la materialización comenzó a inundar la habitación. —Esto es extraño—murmuró, corriendo de nuevo a los controles.— Estamos aterrizando ya.— Examinó los instrumentos con cuidado ya que el rotor se detuvo. —Me temo que no hemos podido movernos muy lejos. Los ordenadores de la TARDIS no pudieron restablecerse correctamente. Querida, querida.

—¿Tienes alguna idea de dónde estamos?—Preguntó Sara.

—No, en realidad no. Pero con la potencia reducida, es seguro asumir que todavía estamos en la Tierra, y probablemente sólo treinta o cuarenta años mas desde que estuvimos la última vez. El ambiente y la gravedad que registro de entrada es el de la Tierra. Vamos a echar un vistazo el escáner, querida. Debería decirnos algo esta vez.

— ¿No sería agradable encontrar un lugar tranquilo y relajado? — dijo Sara, siendo de esperar—Donde la gente es amable, y hay un oasis de tranquilidad lejos de los problemas generales de nuestros viajes.

—Mucha oportunidad—dijo Steven, insensiblemente, señalando la imagen en la pantalla.

Se trataba claramente de un aserradero de principios de siglo, del tipo utilizado en los vastos bosques maderables del oeste americano. Había una gran sierra circular de pie

en el centro de la habitación, y tabloncillos apilados cuidadosamente dispuestos sobre las paredes. El serrín cubría el suelo, y a través de la puerta abierta podía verse los árboles y un cielo azul claro. La tranquilidad fue rota por un grito de terror.

Un hombre con una capa oscura, con un sombrero negro alto, arrastraba a una joven al molino. Miró a su alrededor para asegurarse de que la habitación estaba vacía, a continuación, hizo girar su largo bigote. Su traje a medida, al igual que su camisa con volantes y sus zapatos eran de cuero negro reluciente. La chica, por su parte, estaba vestida con un vestido largo de algodón a cuadros, y tenía el pelo rubio rizado. Ella gritó por segunda vez, y de todo lo que podría estar mal, no había nada de malo en sus pulmones.

—¡Si no seras mía, no seras de nadie! —gritó el hombre, tirándola a la mesa donde estaba la enorme sierra circular. La muchacha forcejeó, pero él era demasiado fuerte para que ella pudiera liberarse. Riendo, él utilizó unas cuerdas para atarla en la mesa.— Grita todo lo que quieras, —se burlo— ¡No hay nadie a diez millas de este lugar!

Ella le tomó la palabra, gritando con renovado vigor cuando se puso en marcha la sierra. Luego corrió hacia atrás, y se apoderó de la tabla a la que estaba unida con firmeza, y comenzó a empujarla lentamente hacia la cuchilla giratoria, riendo como un demonio todo el tiempo.

Steven y Sara actuaron de inmediato al ver lo que sucedía. Steven golpeó el interruptor para abrir la puerta, y los dos saltaron de la TARDIS. El hombre miró alrededor, sobresaltado, cuando Steven corrió hacia él. Steven echó hacia atrás el brazo y golpeó al villano lascivo de lleno en la cara. Sara saltó hacia el interruptor y apagó la sierra, y luego se trasladó a ayudar a liberar a la chica atrapada. El Doctor, más lento de pies, estaba cerrando las puertas detrás de él a salir de la TARDIS.

Para el asombro de Steven y Sara, la chica se sentó, las cuerdas cayeron liberándola. Ella parecía cualquier cosa menos feliz de ser rescatada.

—¡Lo has estropeado todo!—Hizo un puchero. A medida que los viajeros se miraron con perplejidad, una voz detrás de ellos gritó:

—¡CORTEN!

Poco a poco, Sara, Steven y el Doctor se dieron la vuelta. En lugar de la pared de la serrería, pudieron ver un gran espacio abierto. Cámaras, luces y demás instrumentos estaban alrededor. La mayoría de las personas los miraban con expresiones decididamente hostiles. El ceño oscuro vino de el hombre que saltó del asiento marcado como "Director". Iba vestido con pantalones de montar, y llevaba un bastón ligero bajo el brazo. Un monóculo colgaba sobre su cordón de oro, después de haber caído de su ojo derecho cuando gritó. En la mano derecha sostenía un megáfono, que arrastró a la boca.

—¡Corten! ¡Corten! ¡CORTE!— añadió, para el beneficio de cualquier persona que se perdió su grito de antes.

El director se acercó al plato de la serie, seguido por una media docena de hombres, todos ellos prestandole una especial atención a él. Se volvió para enfrentarse a uno, y prácticamente le estrelló el megáfono en el oído del pobre desafortunado antes de gritar:

—¿Cómo entraron aquí esos vagos? ¡Debe de ser un sabotaje! ¡Todo el mundo quiere que la última película de Steinberger P Green's sea un fracaso! ¡Apuesto a que fue

Mille de nuevo! ¡Ve a buscar a la policía del estudio! ¡Saca a esos vagos fuera de aquí!
¿Me escuchas?

No había manera de que no hubieran podido escuchar esa orden, y los seis hombres se volvió rápidamente para mirar al Doctor y a sus compañeros. Un par de los técnicos se reunieron alrededor de las luces y las cámaras, presumiblemente después de que mandara ir a buscar a la policía del estudio. Los otros comenzaron a avanzar en el set.

Sara analizo la situación rápidamente. No podían volver a la TARDIS, los hombres los cogerían antes de que pudieran abrir la puerta. Había una puerta detrás de los hombres que corrían hacia ellos, y parecía ser su mejor oportunidad!

—¡Seguidme! — Les espetó al Doctor y a Steven, y luego se lanzó en contra de los hombres que se acercaban.

Ellos estaban bastante sorprendidos por esto, sin esperar a ser atacados, y mucho menos por una mujer. El combate sin armas de Sara demolió a tres de los técnicos antes de que los otros tuvieron la oportunidad de reaccionar. Los que reaccionaron a tiempo lo hicieron batiéndose en una rápida retirada.

—¡Cogedla!—grito Steinberger P Green por el megáfono.—¡Encender las cámaras, idiotas! ¡quiero esto en la película!

Steven se abalanzo después de Sara, la adición de un par de golpes de los suyos aumentaron el tumulto. El Doctor sacudió la cabeza con disgusto, no le quedaba otra opción que seguir a sus jóvenes compañeros impetuosos. Los tres se dirigieron violentamente a través de la multitud, y el Doctor se unió de vez en cuando, atascando su palo entre las piernas, golpeando los nudillos, o golpeando a alguien en el estómago.

Sara simplemente agarró, empujo, tiró y Sara simplemente agarraba, tiraba, lanzaba y reclamaba su camino hacia la salida. Steven seguía pegando puñetazos hasta que se quedó sin gente a la que golpear. Entonces los tres atravesaron la puerta. El Doctor la cerró de golpe tras él.

El escenario de la película era un área desastre. La gente yacía encima de él, acariciándose porciones de su magullada anatomía – si aun estaban conscientes. Varias de las luces había colapsado, y las enormes bombillas habían explotado. El director Green daba vueltas, gritando con su megáfono: — ¡Bien! ¡Bien! ¡Cuánta acción! ¡Qué movimientos! Que... — Su voz se apagó cuando se dio cuenta de que nadie estaba manejando ninguna de las cámaras. — ¿Qué? — Gritó. — No me digáis que no habéis grabado nada de la batalla.

Hubo un pequeño tirón en su codo, y miró hacia allí. El villano con la camisa de volantes – un actor llamado Darcy Tranton – sujetaba una mano sobre su ojo. — Mi ojo. — Gimió. — ¡Mira mi ojo! — Apartó la mano, revelando una hinchazón, con un color definitivamente negro.

Green apuntó el megáfono justo hacia él. — ¡Cállate! — Gritó. — Me pierdo haber grabado la mejor escena de acción que he visto, ¡y tú te quejas de tu ojo!

— ¡Mis orejas! — Tranton gimió, tapándose las. — ¡Mi ojo! ¡Mis orejas!

La chica, Blossom LeFauvre, simplemente se sentó en su silla y lloró. Odiaba no ser el centro de atención.

Steinberger P Green se dio la vuelta de nuevo, y señaló con su megáfono en dirección a la multitud que rodeaba la puerta. — ¡Encontrad a esa chica! — Vociferó. — ¡Manejó a mis hombres como si fueran muñecas! ¡Será la estrella de mi nueva película! ¡La convertiré en la mayor estrella que Hollywood haya visto! ¡Me hará rico! ¡No os quedéis ahí parados, cabezas huecas – encontradla!

Sintiendo que su trabajo se esfumaba, Blossom lloró con más fuerza. Nadie le prestó la menor atención.

Steven se había detenido para permitir al Doctor alcanzarlo, y cuando miraron alrededor, Sara se había ido. Eligiendo una dirección, se encaminaron en su busca. Mientras pasaban un edificio, el Doctor señaló con su bastón. — Probemos ahí.

La puerta estaba abierta, y se colaron. Era obviamente un edificio que servía de armario, porque literalmente cientos de disfraces colgaban de cientos de perchas – payasos, cowboys, bomberos, bailarinas, cortesanas francesas... El lugar era como un laberinto, con paredes de ropa.

Un hombre apareció de repente de una de las intersecciones, cargando una libreta y un lápiz. — ¡Aquí estáis! — Exclamó. — Venga, vuestros disfraces están por aquí. Apresurémonos.

— Pero... — Steven comenzó a protestar. Entonces escuchó el ruido de pasos acercándose desde fuera, y se dio cuenta de que la manada aun les pisaba los talones. El Doctor lo escuchó también, y asintió. Siguieron al hombre con la libreta, y descubrieron que se suponía que iban a actuar de policías. Steven sonrió. — ¡Le estoy cogiendo el gusto a esto!

Después de unos momentos, Sara vio que había perdido a Steven y al Doctor. Obviamente se habían regazado en algún momento. Comenzó a seguir sus propios pasos a través del laberinto de edificios, cuando vio a la multitud que los había estado persiguiendo en la esquina. Había muchos dedos señalando y gritos de '¡Para!' y '¡Eh, tú!', por lo que Sara se metió en la puerta más cercana. Era el departamento de pertenencias, y el lugar estaba lleno de toda clase de instrumentos concebibles que un director podría necesitar para su siguiente película, desde decorados de una cena hasta tapizados indios o una locomotora de vapor a tamaño real y un juego de ajedrez. Cuando el sonido de pasos se hizo más fuerte, Sara miró alrededor en busca de un lugar donde esconderse. El único sitio posible era una gran cesta oriental. Se deslizó dentro de ella, y cerró la tapa sobre ella, esperando que sus perseguidores no pensarán en buscar allí dentro.

Un momento más tarde, la puerta se abrió. No sonó como si fueran los hombres que la había perseguido cuando dos voces suaves conversaron. — Es ese de ahí, Al. Dios, escucha eso. A Steinberger debe de haberse ido la olla de nuevo.

— Sí. — Al estaba de acuerdo. — Vamos.

Para el horror de Sara, los dos hombres elevaron la cesta en la que ella se estaba escondiendo y la cargaron por la puerta. No se atrevió a intentar salir, porque estaba segura de que sería vista por sus cazadores. Lo único que pudo hacer fue quedarse quieta y esperar que tuviera la oportunidad de salir pronto.

Algo parecido estaba pasando por la mente de Steven al mismo tiempo – pero por razones totalmente distintas. Él y el Doctor habían sido vestidos rápidamente con uniformes de policía que sentaban particularmente mal. Entonces los llevaron rápidamente por una puerta distinta, donde una especie de coche los estaba esperando. Contenía más hombres de uniforme, todos armados con grandes porras. Steven y el Doctor fueron empujados a la parte de atrás del vehículo junto con la mayoría de los policías. Entonces alguien gritó ‘¡Acción!’, y el coche arrancó.

Los problemas comenzaron inmediatamente. El conductor giró a toda velocidad, inclinando el coche casi de lado. Uno de los policías cayó, agarrándose a Steven. Steven, a su vez, agarró al siguiente policía del coche. El agarre lo estaba arrastrando también cuando el coche giró bruscamente, y fue lanzado hacia fuera. Por suerte, consiguió mantener su agarre en el policía que seguía en el coche, quien se agarró a otro.

En segundos, eran cinco formando una línea, los arrastrados tras el coche... El Doctor miró sin poder hacer nada cómo la línea de policías se mecía de lado a lado con una conducción del coche incluso más excéntrica.

Ni él ni Steven sabían lo que significaban las palabras escritas en el lado del coche patrulla. Decían: ‘KEYSTONE KOPS’.

El jeque se movió hacia adelante dramáticamente, metiéndose en la tienda de su amada. Chicas esclavas estaban embelesadas, y la señora de la tienda rápidamente colocó su velo sobre la parte baja de su cara. — Vendré a por ti en mi camello, ¡y te llevaré a través del desierto! — El jeque prometió.

— ¡Corten! ¡Corten! — Una pesada figura escandinava a mitad de sus cincuenta apareció en el plató, gesticulando exageradamente. — ¡No, no! — Gritó al actor con su profundo acento. — ¡Terrible! Tienes que poner más sentimiento. — Sus gestos sugerían que quería arrancarle el corazón al actor. Quizás sí que quería, porque él era Ingmar Knopf, el Gran Danés, y actual campeón en taquillas. Señaló a la actriz escasamente vestida, que tenía la mirada perdida en la distancia, intentando permanecer distante. — Ella no es un saco de patatas.

— No. — La chica concedió en un profundo acento ruso. — Perro él es un saco de patatas. ¿Dónde lo encontraste? ¿En un cubo de basurrrra?

— ¡Eso me ha dolido! — El jeque dijo, con un puchero.

— ¡Ach! — La mujer chasqueó los dedos en su dirección. — Eso es lo que me importa que te haya dolido. — Se secó la frente dramáticamente. — Quierrro estar sola.

En ese momento, Steinberger P Green entró en la sala, varios de sus hombres a la cola, y mirando por todas partes. — ¿Los habéis visto? — Gritó cuanto pudo. — ¿Dos hombres y una dama? ¡Acaban de pegarles una buena paliza a mi equipo de cámaras! ¡Ha sido genial!

Sara miró desde el cesto en la tienda, y rápidamente cerró la tapa. No había escapatoria para ella aun, por lo que parecía. Ingmar Knopf estaba menos que encantado con la interrupción. Miró con odio a Green. — Estoy intentando hacer una película aquí. Sé tan amable de retirarte, tú y esa... Esa chusma.

— ¿Sabes quién soy? — Gritó Green.

— ¡Usted, señor, eres un patán! Y si no se va, ¡deberé echarlo!

— ¡No puedes hablarme así! — Gritó Green, y se giró a sus seguidores. —
¡Cogedle, muchachos! — No mostraron demasiado entusiasmo ante la idea, y Knopf llamó a su propio equipo de cámaras a la acción. En unos momentos, el lugar se había transformado en un todos contra todos.

El directo entró a grandes zancadas al escenario, seguido de media docena de hombres, todos muy atentos a lo que hacía. Se dio la vuelta para estar frente a uno, y prácticamente le estampó el megáfono en la oreja al pobre desafortunado antes de gritar:

— ¿Cómo llegaron esos gorriones aquí? ¡Debe ser un sabotaje! ¡Todo el mundo quiere que la última película de Steinberger P Green sea un fracaso! ¡Es de Mille de nuevo, seguro! ¡Traed a la policía del estudio! ¡Sacad a esos gorriones de aquí! ¿Me oís?

No había forma de que no hubieran oído aquello, y los seis hombres rápidamente se dieron la vuelta para mirar al Doctor y sus acompañantes. Una pareja de técnicos reunidos en torno a las luces y cámaras se marcharon, presumiblemente en busca de la policía del estudio. Los demás comenzaron a moverse hacia el escenario.

Sara evaluó la situación rápidamente. No podían volver a la TARDIS, porque los hombres los alcanzarían antes de que pudieran abrir la puerta. Parecía haber una puerta de salida que los dos hombres que corrían habían tomado, ¡y que parecía su mejor oportunidad! — ¡Seguidme! — Les espetó al Doctor y Steven, y se tiró hacia los hombres que se acercaban.

Los pilló bastante de sorpresa, no esperando ser atacados, y especialmente no por una mujer. El ataque desarmado de Sara derribó a tres técnicos antes de que los demás tuvieran oportunidad de reaccionar. Los que reaccionaron lo hicieron retirándose rápidamente.

— ¡Cogedla! — Steinberger P Green gritó con su megáfono. — ¡Poned las cámaras a grabar! ¡Filmad esto, idiotas!

Steven se lanzó a por Sara, añadiendo un par de puñetazos al resultante tumulto. El Doctor sacudió la cabeza con disgusto, y se quedó sin ninguna opción más que seguir a sus jóvenes, impetuosos acompañantes. Los tres hicieron su de alguna forma violento camino a través de la maraña de gente, y el Doctor se unió de vez en cuando, pinchando con su bastón entre las piernas, usando los nudillos o dando golpes a la gente en el estómago. Sara simplemente agarraba, tiraba, lanzaba y reclamaba su camino hacia la salida. Steven seguía pegando puñetazos hasta que se quedó sin gente a la que golpear. Entonces los tres atravesaron la puerta. El Doctor la cerró de golpe tras él.

El escenario de la película era un área desastre. La gente yacía encima de él, acariciándose porciones de su magullada anatomía – si aun estaban conscientes. Varias de las luces había colapsado, y las enormes bombillas habían explotado. El director Green daba vueltas, gritando con su megáfono: — ¡Bien! ¡Bien! ¡Cuánta acción! ¡Qué movimientos! Que... — Su voz se apagó cuando se dio cuenta de que nadie estaba manejando ninguna de las cámaras. — ¿Qué? — Gritó. — No me digáis que no habéis grabado nada de la batalla.

Hubo un pequeño tirón en su codo, y miró hacia allí. El villano con la camisa de volantes – un actor llamado Darcy Tranton – sujetaba una mano sobre su ojo. — Mi ojo. — Gimió. — ¡Mira mi ojo! — Apartó la mano, revelando una hinchazón, con un color definitivamente negro.

Green apuntó el megáfono justo hacia él. — ¡Cállate! — Gritó. — Me pierdo haber grabado la mejor escena de acción que he visto, ¡y tú te quejas de tu ojo!

— ¡Mis orejas! — Tranton gimió, tapándose las. — ¡Mi ojo! ¡Mis orejas!

La chica, Blossom LeFauvre, simplemente se sentó en su silla y lloró. Odiaba no ser el centro de atención.

Steinberger P Green se dio la vuelta de nuevo, y señaló con su megáfono en dirección a la multitud que rodeaba la puerta. — ¡Encontrad a esa chica! — Vociferó. — ¡Manejó a mis hombres como si fueran muñecas! ¡Será la estrella de mi nueva película! ¡La convertiré en la mayor estrella que Hollywood haya visto! ¡Me hará rico! ¡No os quedéis ahí parados, cabezas huecas – encontradla!

Sintiendo que su trabajo se esfumaba, Blossom lloró con más fuerza. Nadie le prestó la menor atención.

Steven se había detenido para permitir al Doctor alcanzarlo, y cuando miraron alrededor, Sara se había ido. Eligiendo una dirección, se encaminaron en su busca. Mientras pasaban un edificio, el Doctor señaló con su bastón. — Probemos ahí.

La puerta estaba abierta, y se colaron. Era obviamente un edificio que servía de armario, porque literalmente cientos de disfraces colgaban de cientos de perchas – payasos, cowboys, bomberos, bailarinas, cortesanas francesas... El lugar era como un laberinto, con paredes de ropa.

Un hombre apareció de repente de una de las intersecciones, cargando una libreta y un lápiz. — ¡Aquí estáis! — Exclamó. — Venga, vuestros disfraces están por aquí. Apresurémonos.

— Pero... — Steven comenzó a protestar. Entonces escuchó el ruido de pasos acercándose desde fuera, y se dio cuenta de que la manada aun les pisaba los talones. El Doctor lo escuchó también, y asintió. Siguieron al hombre con la libreta, y descubrieron que se suponía que iban a actuar de policías. Steven sonrió. — ¡Le estoy cogiendo el gusto a esto!

Después de unos momentos, Sara vio que había perdido a Steven y al Doctor. Obviamente se habían regazado en algún momento. Comenzó a seguir sus propios pasos a través del laberinto de edificios, cuando vio a la multitud que los había estado persiguiendo en la esquina. Había muchos dedos señalando y gritos de '¡Para!' y '¡Eh, tú!', por lo que Sara se metió en la puerta más cercana. Era el departamento de pertenencias, y el lugar estaba lleno de toda clase de instrumentos concebibles que un director podría necesitar para su siguiente película, desde decorados de una cena hasta tapizados indios o una locomotora de vapor a tamaño real y un juego de ajedrez. Cuando el sonido de pasos se hizo más fuerte, Sara miró alrededor en busca de un lugar donde esconderse. El único sitio posible era una gran cesta oriental. Se deslizó

dentro de ella, y cerró la tapa sobre ella, esperando que sus perseguidores no pensarán en buscar allí dentro.

Un momento más tarde, la puerta se abrió. No sonó como si fueran los hombres que la había perseguido cuando dos voces suaves conversaron. — Es ese de ahí, Al. Dios, escucha eso. A Steinberger debe de haberse ido la olla de nuevo.

— Sí. — Al estaba de acuerdo. — Vamos.

Para el horror de Sara, los dos hombres elevaron la cesta en la que ella se estaba escondiendo y la cargaron por la puerta. No se atrevió a intentar salir, porque estaba segura de que sería vista por sus cazadores. Lo único que pudo hacer fue quedarse quieta y esperar que tuviera la oportunidad de salir pronto.

Algo parecido estaba pasando por la mente de Steven al mismo tiempo — pero por razones totalmente distintas. Él y el Doctor habían sido vestidos rápidamente con uniformes de policía que sentaban particularmente mal. Entonces los llevaron rápidamente por una puerta distinta, donde una especie de coche los estaba esperando. Contenía más hombres de uniforme, todos armados con grandes porras. Steven y el Doctor fueron empujados a la parte de atrás del vehículo junto con la mayoría de los policías. Entonces alguien gritó ‘¡Acción!’, y el coche arrancó.

Los problemas comenzaron inmediatamente. El conductor giró a toda velocidad, inclinando el coche casi de lado. Uno de los policías cayó, agarrándose a Steven. Steven, a su vez, agarró al siguiente policía del coche. El agarre lo estaba arrastrando también cuando el coche giró bruscamente, y fue lanzado hacia fuera. Por suerte, consiguió mantener su agarre en el policía que seguía en el coche, quien se agarró a otro.

En segundos, eran cinco formando una línea, los arrastrados tras el coche... El Doctor miró sin poder hacer nada cómo la línea de policías se mecía de lado a lado con una conducción del coche incluso más excéntrica.

Ni él ni Steven sabían lo que significaban las palabras escritas en el lado del coche patrulla. Decían: ‘KEYSTONE KOPS’.

El jeque se movió hacia adelante dramáticamente, metiéndose en la tienda de su amada. Chicas esclavas estaban embelesadas, y la señora de la tienda rápidamente colocó su velo sobre la parte baja de su cara. — Vendré a por ti en mi camello, ¡y te llevaré a través del desierto! — El jeque prometió.

— ¡Corten! ¡Corten! — Una pesada figura escandinava a mitad de sus cincuenta apareció en el plató, gesticulando exageradamente. — ¡No, no! — Gritó al actor con su profundo acento. — ¡Terrible! Tienes que poner más sentimiento. — Sus gestos sugerían que quería arrancarle el corazón al actor. Quizás sí que quería, porque él era Ingmar Knopf, el Gran Danés, y actual campeón en taquillas. Señaló a la actriz escasamente vestida, que tenía la

mirada perdida en la distancia, intentando permanecer distante. — Ella no es un saco de patatas.

— No. — La chica concedió en un profundo acento ruso. — Perro él es un saco de patatas. ¿Dónde lo encontraste? ¿En un cubo de basurrrra?

— ¡Eso me ha dolido! — El jeque dijo, con un puchero.

— ¡Ach! — La mujer chasqueó los dedos en su dirección. — Eso es lo que me importa que te haya dolido. — Se secó la frente dramáticamente. — Quierro estar sola.

En ese momento, Steinberger P Green entró en la sala, varios de sus hombres a la cola, y mirando por todas partes. — ¿Los habéis visto? — Gritó cuanto pudo. — ¿Dos hombres y una dama? ¡Acaban de pegarles una buena paliza a mi equipo de cámaras! ¡Ha sido genial!

Sara miró desde el cesto en la tienda, y rápidamente cerró la tapa. No había escapatoria para ella aun, por lo que parecía. Ingmar Knopf estaba menos que encantado con la interrupción. Miró con odio a Green. — Estoy intentando hacer una película aquí. Sé tan amable de retirarte, tú y esa... Esa chusma.

— ¿Sabes quién soy? — Gritó Green.

— ¡Usted, señor, eres un patán! Y si no se va, ¡deberé echarlo!

— ¡No puedes hablarme así! — Gritó Green, y se giró a sus seguidores. — ¡Cogedle, muchachos! — No mostraron demasiado entusiasmo ante la idea, y Knopf llamó a su propio equipo de cámaras a la acción. En unos momentos, el lugar se había transformado en un todos contra todos.

El jeque se quedó mirando la escena, luego caminó para darle un golpecito a Ingmar Knopf en el hombro. — Perdona, mire, Mr Niff...

— ¡Knopf! — Gritó el director. — Ingmar Knopf, ¡estúpido patán!

— ¡No puede hablarme así! — Bufó el jeque. — ¡Soy un actor!

— No eres un actor. — La chica gritó desde el escenario. — ¡Eres un don nadie barato!

Sara decidió que entre todo el revuelo, podría ser capaz de escaquearse de nuevo hasta la TARDIS. Salió del cesto, solo para ir directa hacia el jefe de escenarios. Como todo el mundo en aquel inexplicable lugar, llevaba una libreta. Miró hacia arriba, y entonces sacudió la cabeza.

— Eso no funcionará. — Dijo con firmeza. — Sácate esa ropa.

— ¿Perdón?

— Que te la quites. — Repitió el hombre, señalando al atuendo de Sara. — Está todo mal.

— No pienso hacer tal cosa. — Espetó Sara.

Pensando que estaba lidiando con una actriz molesta, el hombre la cogió del brazo, con la intención de darle un buen sermón. Sara pensó que iba a intentar quitarle la ropa por la fuerza, y rápidamente lo lanzó a través del telón pintado.

Steinberger P Green miró hacia el hombre empujado. — ¡Reconozco ese estilo! — Mirando alrededor, descubrió a Sara. — ¡Ahí estás! — Gritó. — ¡Cogedla!

Sara corrió lo más rápido que pudo. Los hombres de Green intentaron librarse de la pelea para perseguirla. El equipo de Knopf, pensando que los secuaces de Green estaban huyendo, los persiguieron. Las cosas no estaban yendo bien para nadie. Knopf lanzó su guión al suelo, y comenzó a tirarse del pelo con desesperación.

— ¡Nunca debí haber accedido a filmar una película en América! — Se quejó. — ¡No tienen sentido artístico!

El actor apareció de nuevo, tirando de la manga de Knopf. — Mr Nipp...

— ¡Knopf! ¡Knopf, pedazo de idiota!

— ...Exijo una disculpa. Ha herido mis sentimientos con sus palabras insensibles.

Knopf lo miró por encima del hombro, su cara tiñéndose de rojo lentamente. — ¿Tú- demandas- una- disculpa? — Gruño. — ¡Te daré algo! — Su puño se elevó, conectando con firmeza contra la mandíbula del actor. Los ojos del actor se entornaron, y cayó al suelo. Por primera vez en todo el día, Ingmar Knopf se sintió satisfecho.

El Doctor y Steven por fin habían conseguido librarse de los policías locos. El viaje en coche había sido lo suficientemente malo cuando todos estaban cayendo de él, pero cuando se dirigían a toda velocidad hacia una locomotora a vapor, Steven y el Doctor se había mirado y de común acuerdo habían saltado fuera del coche. No fueron los únicos, y se sorprendieron cuando descubrieron que el pedazo de carretera al que habían saltado estaba acolchado. Nada de aquello tenía sentido para ninguno de ellos. Aun así supieron cuando era momento de retirarse. Quitándose los uniformes de policía, huyeron a máxima velocidad.

Pronto se encontraron de nuevo en el área central, donde los principales escenarios estaban situados. El Doctor estaba seguro de que la aventura tenía un profundo significado que estaba intentando descubrir. Steven, por otra parte, opinaba que estaba en una especie de enorme psiquiátrico, y sólo quería encontrar a Sara y escapar antes de que uno o más de los lunáticos de allí consiguieran matarlos.

El Doctor se encogió de hombros, e intentó abrir la primera puerta que se encontraron. Daba a otro enorme edificio, este con las inevitables luces y cámaras. La gente de allí, sin embargo, no era tan frenética como los otros con los que se habían encontrado. Por el contrario, todo el mundo estaba sentado con aspecto deprimido. Un hombre, el director, estaba destrozando un grueso montón de papeles y tirándolos de cualquier manera a un cubo de basura.

El escenario era un gran comedor de restaurante. Las mesas estaban dispuestas, y montones de comida causaban que la mesa del banquete chirriara bajo su peso. Sentado con desánimo en una mesa había un pálido joven, vestido de forma extraña incluso para aquel lugar. Un mugriento sombrero negro yacía sobre una maraña de pelo oscuro. Su pequeño bigote se cernía lastimeramente sobre su boca. Su traje era varias tallas más pequeño en algunas partes, y muy grande en otras. Una flor marchita colgaba de su ojal, y estaba haciendo girar un bastón entre sus manos.

La visión de tanta comida recordó a Steven sus palabras de antes en la TARDIS. — Ey, me muero de hambre, Doctor. ¿Crees que echarán de menos algo de eso? — Sin esperar una respuesta se encaminó hacia la mesa, y comenzó a servirse. El Doctor negó con la cabeza, y fue a hablar con el pequeño payaso. — ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte? — Preguntó con amabilidad.

El payaso miró hacia arriba. — No lo creo, a no ser que seas un guionista. Necesitamos un nuevo final para esta película.

— Me temo que no soy un – ¿cómo es? – guionista, pero soy bastante bueno resolviendo problemas. Quizás si me lo explicaras...

— ¿Por qué no? — El hombre se encogió de hombros. — Hasta ahora toda la película es terriblemente divertida, pero... Bueno, necesitamos una buena carcajada para terminarla – y no se nos ocurre nada.

El Doctor miró alrededor, con un brillo en sus ojos. — ¿Y este es el escenario de la última escena? — Por fin se dio cuenta dónde habían aterrizado - ¡una compañía de cine! Había visto películas anteriormente en sus

viajes, pero nunca supo cómo se hacían. De repente, todo comenzaba a tener sentido.

— Sí.

— Bueno, creo que sé cómo resolver tu final. ¿Puedo demostrarlo...?

— Adelante. — El payaso señaló al director para que pusiera a funcionar las cámaras, mientras el Doctor se dirigía hacia donde Steven estaba masticando. Mirando alrededor, vio una gran tarta de nata, y la levantó, pensativo. Entonces le dio un toque a Steven en el brazo.

— Perdóname, chico, pero necesito tu ayuda para hacer una pequeña demostración.

Steven miró alrededor, con la boca llena. — Claro. Ey, esa tarta tiene buena pinta.

— ¿Sí? — Preguntó el Doctor con inocencia. — ¿Te gustaría probarla?

— Claro.

Con una sonrisa de querubín, el Doctor aplastó la tarta contra la cara de Steven.

Durante un segundo, hubo silencio, entonces el payaso se agachó, riendo. Steven se quedó de pie, con una expresión de sorpresa en su cara que poco a poco se transformó en una de ira mientras la nata se escurría por sus facciones. Se giró y cogió una tarta, lanzándosela al Doctor...

... Quien la esquivó. La tarta pilló al payaso a mitad de su risa, silenciándolo por un segundo. Entonces, con gestos exagerados, corrió hacia una tarta y se la lanzó a un actor vestido de camarero.

— ¡Maravilloso! ¡Maravilloso! — El director animó, mientras las cámaras lo grababan todo. — ¡Todo el mundo a ello! ¡Moveos!

El resto de actores se amontonaron en el set, y la batalla comenzó a crecer en intensidad. Tartas, pasteles y tortas volaban con furia. Chorros de agua y otras bebidas eran lanzados a cualquiera que estuviera a la vista. A nadie le importaba quien era alcanzado por qué.

Las puertas se abrieron de golpe cuando Sara apareció en el escenario, buscando una vía de escape de Steinberger P Green y sus hombres. Viendo al Doctor abrirse camino entre la pelea de comida – y milagrosamente impoluto – se dirigió hacia él. Fue seguida por los técnicos y secuaces. Mientras Sara intentaba alcanzar al Doctor, una tarta le dio en toda la cara. Limpiando la nata de sus ojos, le lanzó una mirada de odio al hombre que la había lanzado, quien estaba riendo. Cogió uno de sus brazos y lo lanzó contra la mesa. Aterrizó con un grito.

Los hombres de Green corrieron hacia una armada de tartas y comida, y pronto perdieron de vista a Sara. Estaban demasiado ocupados intentando protegerse las espaldas y defenderse con cualquier arma comestible que encontraban.

Sara acababa de empujar a alguien a un gran pastel cuando el Doctor consiguió llegar hasta ella. — Creo que es momento de que salgamos de aquí. — Murmuró. Sara no podría haber estado más de acuerdo, y juntos se abrieron camino hacia donde Steven se alternaba entre comer y lanzar alimentos contra la cara de la gente. — ¡De vuelta a la TARDIS! — Le dijo el Doctor. Con un asentimiento el joven lo siguió. Dejaron la pelea tras ellos, aun lanzando comida en todas direcciones. El director estaba emocionado.

Fuera, echaron una carrera mientras Sara los guiaba de vuelta a donde había aterrizado la TARDIS. Ahora que los hombres de Steinberger P Green no los seguían, pudieron llegar sin problemas.

— ¿Dónde has estado? — Le preguntó Steven mientras corrían entre los edificios.

— No lo sé. — Contestó Sara. — ¡Pero un hombre raro no paraba de pedirme que me quitara la ropa!

— Es una casa de locos. — Dijo Steven.

El estudio donde habían aterrizado estaba desierto, y se metieron de nuevo en la TARDIS sin ser vistos. El Doctor dispuso los controles, y con su usual cacofonía, la nave despegó.

— ¿Qué era ese lugar? — Preguntó Steven, anonadado. Él y Sara eran de una época en la que aquella clase de estudios ya no existían.

— Sabes tanto como yo. — Respondió ella. — ¡Esperemos no volver ahí nunca!

Un poco después, Steven se había duchado y cambiado de ropa. Le sentó bien no dejar un rastro de comida de vuelta a la sala de control. Sara, aun con un aspecto fresco, estaba relajada en una silla con respaldo alto. Al momento, el Doctor entró en la habitación, cargando una bandeja con tres cálices. Eran de plata, muy ornamentados, y el líquido desprendía un ligero vapor. — ¡Aquí estamos! — Anunció alegremente.

— ¿Qué es eso? — Preguntó Steven, pensando si el Doctor intentaba compensarle por haberle pegado con la tarta.

— Bueno. — Respondió el Doctor, acercándole la bandeja a Sara primero, luego a Steven, para que cada uno pudiera coger un cáliz. — Casi nunca tenemos oportunidad de festejar, pero esta vez debemos. Vino especiado.

— ¿Festejar? — Preguntó Sara con neutralidad.

— Sí. — El Doctor rió. — ¿No te acuerdas? ¡Cuando aterrizamos en la estación policial, estaba toda decorada para Navidad!

Steven sonrió de oreja a oreja. — Lo estaba.

El Doctor posó la bandeja, y cogió el cáliz que faltaba, el cual alzó. — Así que, entonces - ¡un brindis! ¡Feliz Navidad a todos!

Sonriendo, Sara y Steven juntaron sus cálices con él, y replicaron el

sentimiento. El vino calentó sus gargantas, pero la calidez en sus corazones llegó por otras razones.

4

Fracaso

Dos mil años en el futuro y a media Galaxia de distancia, el planeta Kembel era un anfitrión reacio encabezado por la flota Dalek preparada para invadir la Galaxia. Para el año 4000 d.C., el área controlada por la Tierra y sus aliados ocupaban una buena parte de la Galaxia hogar. Los Daleks habían dominado sus propios sistemas, y estaban ahora alcanzando una vez más los planetas apropiados por la raza humana. Sabiendo muy bien que nunca podrían derrotar las fuerzas de la Tierra y sus aliados solos, los Daleks habían formado una Alianza con los diversos poderes dominantes de galaxias exteriores. Juntos, eran más que competencia – se creía – para las fuerzas de la humanidad. Para asegurar su victoria, los Daleks habían montado un arma de su propio diseño, el Destructor del Tiempo.

El mecanismo central de este dispositivo estaba en el momento dentro de un laboratorio de la ciudad Dalek construida sobre la superficie de Kembel. El arma en sí misma estaba diseñada para ser portátil, pero actualmente estaba siendo sometida a las fases finales de sus pruebas antes de que su poder fuera desatado contra la Tierra misma. Bancos de computadora, examinados por vigilantes Daleks, se alineaban en la habitación. El Destructor del Tiempo se encontraba en un arnés, suspendido en frente de un cubículo de vidrio. Se veía como un gran cañón recubierto de vidrio. En el otro extremo del arma había un complejo cableado, y un tubo – la cubierta para el núcleo de Taranium que proporcionaba energía al artefacto.

Fuera del área de pruebas, separados por bajas barreas que mostraban la zona segura, permanecían de pie tres de los representantes de la Alianza Dalek. Trantis era una pequeña, agostada criatura con cabello salvaje y rizos que colgaban desaliñadamente. Eran sensores empáticos que permitía a los nativos de este mundo comunicarse uno con otro emocionalmente. Celation era una alta criatura, que respiraba el aire rico en oxígeno con dificultad, dándole a su habla un ronco, inconexo efecto.

El miembro final del trío era perfectamente humano. Era alto y se sostenía a sí mismo con dignidad. Su cara mostraba la edad, pero de una indeterminada naturaleza. Sus cabellos y su prolija barba eran blancos, sus ojos, un azul penetrante que mostraba una aguda mente, observando todo. El hombre era Mavic Chen, elegido Guardián del Sistema Solar, y el traidor que había vendido la raza humana a los Daleks en la esperanza de aumentar su propio poder personal.

Dos científicos Daleks estaban agregando los toques finales a los mecanismos del Destructor del Tiempo, bajo el vigilante lente del Dalek Negro. Mientras comenzaban a insertar el núcleo de Taranium que le daría energía al dispositivo, el Dalek Negro giraba la sección de su cabeza para mirar de frente a otro Dalek subordinado.

—Notifica al Dalek Supremo en Skaro que el núcleo de Taranium para el Destructor del Tiempo ha sido recuperado. La cuenta regresiva de la invasión ha sido reanudada. Un detallado reporte seguirá.

—¡Obedezco! —El Dalek se marchó en dirección a la sección de comunicación. El Dalek Negro volvió su completa atención al arma misma. Los dos científicos habían terminado de colocar el núcleo, y estaban ahora completando el encendido del aparato.

Celation se volvió hacia Mavic Chen con una sonrisa que pasaba en su rostro. —Habiendo hecho su contribución a la gran arma robada —jadeó—, debe ser un alivio para usted que los Daleks la hayan recuperado.

Chen lo miró con frialdad. —Sin mi ayuda, improbablemente la hubieran recuperado.

Trantis se giró para mirarlo, frunciendo el ceño con enojo. No había olvidado cómo Chen había intentado culparlo por el robo. —Su historia de que fue mi gente quién robo el núcleo ha sido desacreditada —se burló.

Inconsciente de la lucha política en curso entre Trantis y Chen, Celation de forma inocente añadió:

—Sí. Los ladrones eran de la Tierra, ¿no es así?

—Sólo dos de ellos —replicó Chen—. Y estaban bajo la influencia de una criatura de otra galaxia.

—¿En serio? —Ronroneó Trantis—. *Parecía* una criatura terrestre.

—Sólo era un disfraz —dijo Mavic Chen. Odiaba tener que justificarse; reducía su influencia sobre estos campesinos. —Los Daleks saben de él. Es un tipo de viajero del tiempo, conocido como el Doctor.

—¡Entonces, no tiene nada que ver conmigo! —exclamó Trantis farisaicamente—. Mi gente aún no ha conquistado la dimensión del tiempo.

Chen no pudo resistirse a investigar. —No – pero oí que tus experimentos en ese campo están progresando, Trantis. ¿Qué tan lejos han llegado, eh?

Furioso, Trantis espetó:

—Aún no hemos terminado... —De repente, se dio cuenta de que Chen estaba burlándose de él para obtener más información, y calló su temperamento. —Sólo los Daleks saben como penetrar la barrera del tiempo — terminó.

—Y esta otra —añadió Celation, con poco tacto-, de donde sea que venga.

—Él no tiene importancia ahora —dijo Chen, cansándose de las discusiones—. Después de todo, estamos como testigos de las pruebas del Destructor del Tiempo, ¿no?

Sus ojos se voltearon hacia el arma, irradiando de poder. Los técnicos Daleks, bajo la guía de dos científicos, estaban alimentando con energía al aparato.

—¡Al fin! —Gritó Chen—. ¡El Destructor del Tiempo finalmente está siendo activado! —Y pronto, pensó en silencio, le pertenecería únicamente a él.

Cuando había partido de la Tierra, le había dado a su asistente, Karlton, instrucciones para armar una flota lista para atacar. Cuando las fuerzas especiales de los Daleks atacaran la Tierra, Karlton y su pequeño grupo llegarían aquí. Bajo el comando de Chen, desbaratarían la pequeña fuerza Dalek vigilando Kembel, y luego se apoderarían del Destructor del Tiempo. El primer planeta en el que se usaría no sería la Tierra, sino Skaro.

Celation suspiró. —Si tan sólo pudiéramos unirnos a la fuerza guerrera – y ver su poder por nuestra cuenta.

Chen sonrió para sus adentros. Celation sin duda presenciaria su poder – ¡cuando fuera volcado sobre su planeta natal! Trantis bruscamente interrumpió los placenteros pensamientos de Chen sobre muerte y aniquilación.

—¿Cuál es su poder? —espetó, molesto por no conocer el secreto.

Celation inclinó su cabeza ligeramente. —Si su galaxia hubiera ayudado en su fabricación – como las nuestras hicieron – no tendría necesidad de preguntar.

Tritons frunció el cejo. Hemos suministrado lo que se nos pidió.

—¡Metales! ¡Materiales! —Mofó Celation—. Podríamos haber tomado eso de usted – *sin* su cooperación.

¡Caballeros, por favor! —Dijo Mavic Chen, suavemente, poniendo un brazo alrededor de cada uno de sus hombros-. Todos somos completos socios de los Daleks, ¿no es así? ¡Seguramente no hay necesidad de discutir entre nosotros! Especialmente ahora, cuando todo lo que hemos planeado finalmente está siendo puesto en funcionamiento.

Celation asintió con la cabeza, e incluso Trantis parecía menos arisco ante esta idea. Sonriendo, Chen agregó:

—El Destructor del Tiempo, mi amigo, tiene la habilidad de sumergir una porción de espacio, ya sea del pasado o del futuro. Puede ser un área pequeña – por ejemplo, el tamaño de una persona – o una grande, incluso del tamaño de un planeta.

—¿Cómo? —Exigió Trantis.

Chen extendió sus manos. —Sólo los Daleks saben eso. Pero cuando es usada, nuestros enemigos serán sumergidos a través del tiempo, degenerándose en criaturas que primero evolucionaron de los más sucios pantanos – ¡o serán lanzados hacia un futuro tan lejano que sus cuerpos se desmoronarán en fino polvo sin vida!

Sara aún estaba temblando cuando salpicó el agua en su cara y se vistió. La pesadilla había regresado, más fuerte que nunca. Bret había estado ahí, acusándola silenciosamente, sus ojos, un torrente de lágrimas como ella le disparó una vez más, y lo veía morir... mientras caminaba por los pasillos hacia la sala de consola de la TARDIS, Sara sabía que al menos en un sentido, estaba siendo poseída.

No creía en los fantasmas, exactamente. Bret estaba muerto, y no había

nada que pudiera hacer al respecto. Pero aún vivía en su memoria, y sabía que era ahí donde él la encantaba. No importaba la retórica que utilizara el Doctor para intentar convencerla de que no tuvo opción más que matar a Bret, *ella* lo sabía bien. Era su culpa, sólo suya, que su hermano estuviese muerto. Su memoria nunca lo dejaría, pero podía, de una manera, expiar a su memoria fantasmal.

Terminando la misión que él había comenzado.

Como siempre, el Doctor estaba en la sala de control cuando llegó. Había estado leyendo un grueso volumen con una indescifrable escritura cuando ella entró. Levantando la vista, cuidadosamente marcó el lugar, y bajó el libro. Guardó sus anteojos de lectura en su bolsillo, y se acercó para saludarla. —¿El sueño otra vez? —le preguntó, perceptivamente.

Ella asintió con la cabeza. —Doctor, debemos volver a Kembel. Tengo que asegurarme de que el sacrificio de Bret no fue en vano, y que realmente detuvimos a los Daleks y a Mavic Chen.

El Doctor suspiró, y puso su mano suavemente sobre su hombro. —Niña —dijo calladamente—, lo que me pides es imposible. Oh, se los códigos y la información, pero no poseo la habilidad. —Miró a lo lejos. —He estado esperando ese pedido por un largo tiempo —confesó—. Tengo todas las cifras y cálculos almacenados seguramente. —Tamborileó en un lado de su cabeza. —Si la TARDIS estuviera en completo orden operacional. Podría dirigirnos a Kembel en el marco de tiempo correcto. Pero, tristemente, esta antigua nave mía está un poco gastada. Uno de los componentes vitales está roto y no se puede reparar.

—¿No hay una manera de reemplazarlo? —Sara estaba conmovida por el hecho de que el Doctor había estado intentando volver a Kembel.

-Me temo que no, querida. Ninguno de los mundos que he visitado ha tenido jamás la tecnología que necesito para hacer un nuevo circuito para el coordinador de caminos temporales.

—Pero... seguramente en tu mundo...

Levantó una mano. —En mi mundo —dijo firmemente—, toda clase de cosas son posibles. Pero no podemos ir allí. Ciertamente no sin el circuito que la TARDIS necesita. —Y por otras razones, agregó para sí mismo. Tal viaje era atractivo - fueron no otros factores a considerar. —No, Sara, lo siento - pero no hay manera que conozca para regresar al planeta Kembel. Tienes vivir con eso.

Sara volvió sus encantados ojos hacia él. El Doctor se estremeció ante la expresión de la terrible pérdida que podía leer en ellos. ¿En qué se volvería esta pobre, torturaba alma?

Los dos Daleks científicos se movieron para unirse al Dalek Negro. El Destructor del Tiempo estaba ahora brillando y vibrando con el poder pasando a través de él. —El Destructor está ahora armado —declaró el primero.

—Todo lo que se requiere en este momento —agregó el segundo—, es un sujeto.

La sección del ojo del Dalek Negro giró. —El sujeto ha sido seleccionado. —Su ojo de palo estaba enfocado en uno de los alienígenas presentes. —Usen a Trantis.

—¡No! —gritó Trantis horrorizado, miró incontroladamente a su alrededor. No había escape de la habitación. Los dos Daleks científicos avanzaron, empujándolo con sus brazos de palo. —¡No! —Trantis gritó otra vez, mientras lo conducían hacia la cabina del Destructor del Tiempo. —¡No pueden! ¡No pueden! Son su socio —imploró—. Soy su amigo. Hicimos un pacto, un trato. ¡Me necesitan para su conquista! ¡Tomen uno de los otros! ¡Tomen uno de ellos!

Los Daleks no se molestaron en responder. Simplemente lo hicieron retroceder hasta que tropezó con la cabina, y luego cerraron la puerta tras él, aislando sus gritos.

Celation miró con miedo la cara divertida de Mavic Chen. —¿Por qué eligieron a Trantis? —dijo jadeando.

Chen sacudió su cabeza fingiendo compasión. —Fue su culpa, en realidad.

—¿Qué quieres decir?

—Estaba *tan* ansioso de hacer una contribución al Destructor del Tiempo que los Daleks decidieron dejarle hacer una. —Chen sonrió, esta vez con verdadero placer. —Su vida.

El Dalek negro había observado los procedimientos sin inmutarse. Los científicos regresaron a los controles una vez más. Trantis aún estaba gritando silenciosamente dentro de la cabina, el Dalek Negro ignoró eso. —Prepárense para activar el Destructor del Tiempo.

El primer científico echó una ojeada hacia Chen y Celation. —¿Las otras dos criaturas estarán presentes durante la activación?

—Sí. —El Dalek Negro los miró fija y cuidadosamente. —Su codicia por el poder es tan grande y transparente que se puede confiar. Inicien el Destructor del Tiempo.

—Obedezco. —El Dalek se movió hacia los controles, y completó el encendido del arma. Comenzó a latir con rítmicos brotes de luz. Mirando dentro del cañón del aparato, Trantis cayó sobre sus rodillas, horrorizado. Entonces, los latidos comenzaron a desacelerarse, y una mirada de intenso alivio cruzó por la cara de Trantis como se dio cuenta de que aún estaba vivo.

Celation dio un paso hacia delante, en su cara había una red de emociones contradictorias. —¡No funciona! —Gritó— ¡No funciona!

—¡Imposible! —Siseó Chen— ¡*Tiene* que funcionar! ¡Debe hacerlo! —Si los Daleks hubieran calculado erróneamente en su construcción de la máquina, todos sus planes se derrumbarían en nada.

El primer científico le informó lo obvio al Dalek Negro:

—El Destructor no está teniendo efecto.

—El mecanismo está funcionando perfectamente —añadió el segundo—. El defecto parece estar en el núcleo de Taranium.

Chen estaba atónito. —¡Debe haber un error! —protestó.

El ojo del Dalek Negro se fijó en él. —Los Daleks no cometen errores —chirrió—. Has intentado engañarnos. Nos has mentido.

—¡No es cierto! —Replicó Chen— ¿Por qué mentiría? Sólo puedo beneficiarme de mi alianza con ustedes. ¡Les traje Taranium!

—Si este es el núcleo que nos trajiste —declaró el Dalek Negro-, falló en activar el Destructor del Tiempo. No contiene Taranium. —Giró hacia los científicos. —¡Elimínenlo!

Las dos armas surgieron, pero Chen aprovechó lo que el Dalek Negro había dicho. —¡Debe haber sido el anciano! ¡Por supuesto! ¿No lo ven? ¡Debe haber cambiado el Taranium por algo más mientras tenía el núcleo en su posesión! —Los Daleks se miraron unos a otros, muy conscientes de que lo que decía tenía sentido. Creciendo en confianza, Chen continuó:

—Los engañó – ¡por eso insistió en escapar de la manera que lo hizo! Si lo encuentran, encontrarán los medios para reparar el Destructor del Tiempo.

Celation frunció el ceño. —Pero fuiste tú quien tomó el núcleo de él.

—Lo sé —admitió Chen—. Pero no lo revisé. ¿Cómo podría hacerlo? —Hizo un gesto hacia los Daleks. —*Ellos* deberían haberlo revisado - ¡y no lo hicieron!

El Dalek Negro ignoró sus propias órdenes de matar a Chen. Si el Doctor tenía el núcleo, Chen aún podría ser útil por ahora. —Informen a Skaro —le ordenó al primer científico—. Nos enviarán una máquina del tiempo aquí, a Kembel, inmediatamente. El núcleo debe ser recuperado.

—¿Máquina del tiempo? —Repitió Chen—. Pero necesitan el poder del Taranium para eso – ¡y no tienen ninguno! ¡Es por eso que necesitan mi contribución!

El Dalek Negro lo miró. —¡Los Daleks no necesitan a nadie! Tu ayuda en la obtención del Taranium fue útil, pero tenemos otras fuentes

hay otras fuentes. Tenemos suficiente Taranium para alimentar una sola nave del tiempo.

—No nos dijiste eso antes.

—Tú nos dirás lo que necesitamos saber. El Dalek Negro se volvió a Celation. —Regresen a sus cuartos. Permaneced allí hasta que os demos instrucciones adicionales. Celation asintió con la cabeza y se fue, feliz de estar lejos de ese lugar. El Dalek Negro volvió a Chen. —Espera aquí a la llegada de la máquina del tiempo.

El segundo científico indicó que la cabina contenía a Trantis. —¿Qué vamos a hacer con el sujeto de la prueba?

—Él no es de utilidad para nosotros. ¡Exterminarlo!

El científico se puso en marcha, y se acercó a la puerta de la cabina. Se abrió, y Trantis se levantó de un salto, lloriqueando de felicidad. No había sido capaz de escuchar la sentencia pronunciada por culpa del cristal, y asumió que iba a ser liberado. En lugar de eso el arma del Dalek se disparó. Trantis dio un grito final, y se hundió en el piso.

El Dalek Negro miró a Mavic Chen. —Todos los que fallen a los Daleks, morirán. ¡No te olvides de eso!

El ambiente en la sala de control estaba lejos de ser feliz. Cuando Steven llegó, se encontró a Sara con la mirada perdida y al Doctor sentado en una silla de respaldo alto, al parecer absorto en el libro que tenía en su regazo. No fue sino hasta unos diez minutos de silencio después de que Steven observó que el Doctor no estaba pasando las páginas.

De repente, se oyó un sonido parecido a un bip fuerte que procedía de la consola, causando a todos un sobresalto. El Doctor bajó su libro y se lanzó al panel. Un indicador se iluminó y parpadeaba con el sonido.

—¿Qué es eso? preguntó Steven.

—El indicador de trayectoria en el tiempo, dijo el Doctor malhumorado. —¿No te acuerdas que registró cuando los Daleks nos estaban persiguiendo...? Su voz se fue apagando. —Por supuesto, por supuesto, que se unió a la nave después de haber fijado su máquina del tiempo. Bueno, este avisador me avisa cuando otra nave está en exactamente el mismo camino a través del tiempo y el espacio en el que estamos viajando.

—¿Será una coincidencia?, preguntó Sara.

El Doctor negó con la cabeza. —Con todo el espacio y el tiempo para elegir, ¿cuáles son las probabilidades de que otro desliz estuviera exactamente en la misma ruta de vuelo en la que estamos? Infinitesimal, querida, eso es. No, hay otra nave ahí fuera, una que nos sigue.

—Los Daleks, dijo ella.

—No puedo pensar en nadie más que pudiera ser.

Sus ojos estaban fijos en el indicador que sonaba, cuando Steven notó algo más. El rotor del tiempo se estaba reduciendo y eso sólo podía significar una cosa. —Estamos aterrizando, anunció.

Los tres se quedaron mirando el panel, preguntándose donde la nave les

había traído ahora. Y cuánto tiempo pasaría antes de que los Daleks llegaran para cazarlos...

5 Volcán

El día no iba bien para las fuerzas inglesas. Tenían menos de una hora para ganar, llevaban todo el día contraatacando. Todo se reducía a la batalla en este campo, al día de hoy. A menos que el capitán Inglés de alguna manera pudiera reunir a sus fuerzas y golpear duro, serían derrotados. The Ashes World iría a Australia una vez más.

El partido no estaba siendo el más emocionante, e incluso los dos comentaristas de la BBC en su palco estaban mostrando signos de tensión. En tono cortante, planos, comentaban la acción, o mejor dicho, la falta de ella, en la prueba final del Óvalo. Había sido uno de los días más lentos de críquet que Trevor o Scott, jamás habían presenciado.

—Los bateadores ingleses están realmente luchando contra el reloj ahora, Scout, comentó Trevor.

—Dios mío, sí, dijo Scott con su fuerte acento australiano. —Necesitan setenta y ocho carreras en cuarenta y cinco minutos para ganar.

—¿Y cuantas han sido? ¿Veintinueve en la última hora? Bueno, van a tener que hacerlo mejor que eso. Realmente ha sido un partido emocionante, ¿no es así, Scott?

Muy interesante, Trevor, mintió Scott. Ese era, después de todo, su trabajo mantener a los espectadores felices en casa. Si aún estaban despiertos, o no habían pasado a la ITV.

—Bien, vamos a echar otra mirada al marcador, ¿de acuerdo?, preguntó Trevor, retóricamente. —Para los espectadores que justo se han unido ahora mismos a nosotros. La cámara enfocó obediente al marcador, que mostraba la difícil situación del equipo de Inglés —Bien, esa es la posición. Vas a ver que... Se interrumpió. Entre jadeos y sonidos de gemidos, La Tardis se materializó. —Dios mío, Scout, continuó, con la misma voz excitada, échale un vistazo a eso.

—¿Que mire el qué, Trevor? preguntó Scott, explorando el campo en busca de alguna señal de un golpe de cuatro o seis.

—Hay una cabina de la policía en el campo.

—Por Dios, respondió Scott, que es eso. La cámara giró para mostrar al intruso. —Ahí está, Trevor, en el monitor, ahora.

—Sí, Scott. Es realmente extraordinario. No recuerdo que ocurriera nada parecido a esto antes. ¿Y tú?

—No, no lo creo.

—Ross está buscando a través de los libros de récords. Si ha habido algo como esto, lo encontrará para nosotros. Bueno, bueno. —Tú, sabes, Trevor, continuó Scott, esto le da una nueva luz sobre el juego.

—¿Qué es esa luz, Scott?

La cámara mostró el terreno de juego donde habían llegado a un alto completo, los jugadores estaban de pie alrededor, charlando y mirando de vez en cuando hacia la policía que había detenido el juego. Nadie parecía terriblemente preocupado por donde había venido.

—Bueno, dijo Scott, con la misma voz monótona —Yo sé que el personal de tierra de aquí es excelente, pero aun suponiendo que se deshicieran de él en por ejemplo, diez minutos Inglaterra luego se enfrentará a la obtención de sus setenta y ocho carreras en... treinta y cinco minutos.

—Sí, Scott, tienes razón. Bueno, creo que podemos decir que ha sido mala suerte para Inglaterra.

—Muy complicado Trevor - sobre todo porque el clima tampoco acompaña.

—Sí, lo ha hecho, ¿no es así? He estado manteniéndola a raya muy bien. En ese momento, la Tardis comenzó a gemir y jadear de nuevo.

Bueno, continuó Trevor, echo otra mirada al marcador, aunque no ha estado sucediendo mucho aquí durante los últimos minutos.

—Se ha ido otra vez, Trevor.

—¿El que, Scott?

—La caja de policía se ha ido otra vez.

—Sí, eso he visto. Asintió Trevor. —Bueno, no ha provocado mucho retraso, ¿verdad?

—Mas o menos dos minutos y medio, Trevor.

Sí, bueno, así es la situación. Inglaterra ahora tiene setenta y ocho carreras que hacer en cuarenta y dos minutos y medio para ganar. Ellos realmente tienen que hacer algo ya, ¿no es así, Scott?

—Sí, Trevor, lo harán. Creo que todavía podemos ver algo de acción aquí en el óvalo hoy.

El Doctor se inclinó sobre los controles, para comprobar que los ordenadores de la Tardis hubieran tenido tiempo para restablecerse de forma eficaz en su breve pausa. Odiaba a despegar tan pronto otra vez, pero en

realidad se había enfrentado con poca opción en la materia. —Sin duda alguna ocasión deportiva, comentó. No podía enfrentarse a los Daleks en un lugar lleno de gente. Los Daleks crearían un absoluto caos y una masacre allí.

Sara consideró la escena que habían presenciado en el escáner, personas vestidas de blanco, de pie sin hacer nada. —No creo que, Doctor, no estaba de acuerdo. —¿Era la Tierra, qué te pareció? Preguntó Steven.

—Es posible, sí, es posible. Mientras él estaba tratando de llevar a un par de compañeros de vuelta a su hogar en la Tierra en la década de 1960, el Doctor había conseguido que la Tardis entrara en algún tipo de patrón que tendía ahora a hacer de la Tierra ese período de uno de los lugares de destino más frecuentes. Deseó poder averiguar cómo se las había arreglado para eso y deshacer el daño. Se estaba poniendo terriblemente aburrido que estar constantemente apareciendo en el mismo lugar y hora, más o menos un par de años y unos pocos miles de millas, todo el tiempo.

Sara miró sombríamente en el indicador de tiempo de trayectoria, que seguía emitiendo pitidos distantes. —Bien, observó la práctica, donde estábamos, el que se nos sigue no fue expulsado por el aterrizaje.

—No sólo eso, añadió el Doctor. —¡Se están acercando a nosotros muy rápido!

La actividad en el laboratorio en Kembel se detuvo cuando comenzó a crecer un ligero y susurrante ruido. En el centro de la habitación, el aire se estremeció, y de repente un cubo de color gris plateado se materializó. Después de un segundo, se abrió una puerta y un Dalek, con un llamativo color rojo surgió. Miró a su alrededor, y luego se deslizó hacia donde estaban el Dalek Negro y Mavic Chen.

—Por orden del Primer Dalek, anunció el Dalek Rojo, la máquina del tiempo está a su disposición. —Entendido. Los preparativos para el viaje se harán a la vez. El ojo del Dalek Negro giró para encontrarse con su segundo al mando.

—Organicen un grupo de trabajo para el seguimiento del Doctor y de sus compañeros.

—Obedezco. El Dalek se marchó a la zona de comunicaciones, para reunirse con un equipo de seguridad para la tarea.

El Dalek Negro se dio la vuelta para enfrentarse al primer científico. —Opera los instrumentos de seguimiento dentro de la máquina del tiempo. Descubre el camino que tenemos que tomar en el espacio y el tiempo para seguir a los enemigos viajeros del tiempo. El primer científico asintió, y luego entró en la máquina del tiempo. Por último, el Dalek Negro volvió a Chen. —Mavic Chen, lo acompañarás. Te aseguraras de que el núcleo de Taranium vuelve a Kembel.

—Por supuesto, respondió Chen, sin problemas. —Haré todo lo posible...

—Si no lo haces, le interrumpió el Dalek Negro, o si nos encontramos con que nos has engañado, serás eliminado. Chen asintió con la cabeza ligeramente.

—Entendido.

El primer científico se trasladó a la entrada de la máquina del tiempo. El enemigo viajero del tiempo se acercan al planeta Tigus.

El Dalek Negro se volvió hacia el Dalek Rojo. —Tan pronto como se monte el grupo de trabajo, saldréis. El núcleo Taranium debe ser recuperado y los viajeros temporales han de ser eliminados. Si Mavic Chen muestra algún signo de traición o debilidad, extermínalo también.

Chen volvió sus ojos fríos en la máquina del tiempo. Era su última oportunidad para ganar el control del Destructor del Tiempo. Tenía que encontrar al Doctor otra vez y arrancarle el corazón. Tenía que tener el poder que el representaba, ¡tenía que hacerlo!

*

La Tardis aterrizó de nuevo, y los signos que daba el escáner eran a la vez atractivos y atroces. Buenos, porque no había gente que corría riesgo de morir si los Daleks llegaban. Pésimo, porque el planeta no tenía ningún signo de vida pero mostraba muchos signos de muerte potencial.

El cielo era rojo sangre, de un color mate uniforme. No había nubes que fueran visibles, y el rojo llenaba el planeta, transformándolo en una imagen de los reinos del infierno. La superficie estaba deformada y rocosa, llena de grietas humeantes. A lo lejos, las nubes de humo y vapor daban evidencia de actividad volcánica inmensa. Todo menos la Tardis eran lechos de lava. Se veían como si fueran relativamente frescas. Flashes de luz atravesaban el cielo de vez en cuando.

—¿Dónde estamos, Doctor? Susurró Sara, intimidada por el carácter sombrío de este mundo. —¿Lo Sabes?

El Doctor se limitó a sacudir la cabeza. Podríamos estar en cualquier parte. No había nada para distinguir este lugar de un mil millones de otros mundos primarios, agitado por las cepas de vulcanismo.

—No se ve muy agradable, comentó Steven.

—Volveremos a viajar de nuevo tan pronto como los ordenadores de la Tardis se hayan realineado, decidió el Doctor. Este mundo es un lugar muy peligroso para esperar, podría pasar cualquier cosa de aquí a media hora como que por culpa de un terremoto, algún continente se hundiera en algún mar primitivo.

En ese instante, el pitido insistente del indicador temporal de la ruta se detuvo. Todos se volvieron para mirarlo. Finalmente, Steven preguntó: —¿Los

hemos perdido?

—¿Perdidos? Repitió el Doctor, luego sacudió la cabeza. —No, quien nos estuviera siguiendo, ha aterrizado, ha aterrizado en alguna parte.

Sus ojos se volvieron hacia la imagen de la hirviente desolación en el escáner.

En la superficie de Tigus, las rocas tendían a ser un fenómeno temporal. Podrían derretirse por el increíble calor de un volcán, o ser llevadas por delante al río de lava más próximo. Incluso podrían desaparecer en abismos creados por los terremotos. No obstante, normalmente se materializan de la nada, como una roca bastante grande aparentemente acababa de hacer. Después de un momento, las dos puertas de la "roca" se abrieron, y una figura emergió.

Él estaba silbando más bien sin melodía, y vestía una descuidada túnica de monje mendigo, sujeta por una cuerda con nudos desgastados, junto a la cintura. En sus manos sostenía un par de binoculares, que utilizaba para explorar el horizonte. Para su inmensa satisfacción, vio a la Tardis casi de inmediato. Su rostro rechoncho estaba dividido por una gran sonrisa que pronto se convirtió en una carcajada casi de locura.

¡La venganza, por fin!

Un poco más tarde, después de una breve pero intensa discusión, el Doctor condujo a sus dos compañeros con cuidado sobre la superficie insegura del planeta, mirando a su alrededor todo el tiempo mientras tanto.

Steven, como siempre, estaba gruñendo. —Ya sabes, Doctor, que sería útil que supiéramos lo que estamos buscando.

—Sigo pensando que es una locura venir aquí, añadió Sara. —Deberíamos haber despegado de nuevo.

El Doctor los miró a ambos, bruscamente. —¿Qué bien haría el huir, mmm? Si estamos siendo perseguidos, cuanto antes nos enteremos de que es, será mejor. Él miró a su alrededor en el paisaje pensativo.

—Esto no es propio de los Daleks en absoluto habrían estado atacando todo el rato...

Steven había tenido suficiente, y se trasladó a sentarse en una roca. —Eh, exclamó, —¡esta roca está caliente!

—Sí, por supuesto. El Doctor le dio unas palmaditas en el brazo. —Este es un planeta joven, muchacho, ¡todavía en enfriamiento y lleno de los incendios por la impetuosidad de la juventud! Fascinante, absolutamente fascinante. Me hubiera gustado tener tiempo para explorar, pero hay asuntos urgentes que resolver. Él negó con la cabeza. —Ahora, ¿quién más podría tomarse todo el tiempo y la molestia de seguirnos?

Estaba perdido en sus pensamientos. Steven comenzó a mirar alrededor buscando una roca más fresca para sentarse. Sarah negó con la cabeza.
—¿Nos vamos a quedar aquí para siempre?

—Espero que no, respondió Steven, mirando la desolación de su alrededor. No había ni una señal de vida, o de cualquier tipo de comodidad.

—Sí, yo también, asintió conforme el Doctor. Estaba sonriendo, finalmente se dio cuenta de que podría estar en su camino. —Sin embargo, no creo que eso sea necesario. Y, lo que es más, creo que nuestra sombra pronto se mostrará. Sí, muy pronto.

—Hablas como si supieras lo que está pasando, comentó Steven.

—¿Lo hago? El Doctor rió alegremente para sí mismo. —Bueno, hay una posibilidad, Inverosímil, tal vez, pero posible. Rió de nuevo para sí mismo.
—¿Quién más podría ser?

La figura con túnica había evitado cuidadosamente ser visto por parte de la pequeña comitiva del Doctor, y ahora había llegado a la Tardis. Pateó con el pie, el cual solo tenía puesto una sandalia, luego hizo una mueca de dolor. —A trabajar, a trabajar murmuró, y dejó caer la bolsa de cuero maltrecho que había estado llevando. La abrió y sacó un par de gafas oscuras, que se colocó sobre los ojos. Esto fue un error, ya que quedó más ciego que un murciélago. Murmurando para sí, se las subió a la frente, luego rebuscó en la bolsa de nuevo el lápiz láser.

Volvió su atención a la cerradura de la Tardis. Casi se olvidó de colocarse las gafas de nuevo, pero se contuvo a tiempo. No quería cegarse a sí mismo haciéndolo

No quería cegarse a sí mismo haciendo este pequeño truco, después de todo. Las gafas firmemente en su sitio, disparó el láser. Gracias a los filtros de las gafas, podía ver bastante claramente, y giró el fino rayo del láser hacia la cerradura de la TARDIS. Su manipulación tomó únicamente unos segundos, después apagó el lápiz láser. Todo se hizo negro de nuevo y se deshizo de las gafas. Las metió en su bolsa junto con el láser y la cerró, antes de volver su atención de vuelta a la cerradura por un momento.

Una amplia sonrisa de satisfacción cruzó su cara. *¡Eso le había fijado!* Le dio una palmadita a la TARDIS, recogió su mochila y partió de vuelta a su propia TARDIS.

—¡Hola! ¡¿Hola?! —llamó el Doctor, suficientemente alegre—. ¿No crees que deberíamos encontrarnos y hablar de ello? —No hubo respuesta.

—¿A quién esperas? —preguntó Steven, desesperado. Este lugar le estaba poniendo de los nervios. Otro volcán explotó en la distancia, lanzando

una humareda, algunas llamas y un fortísimo ruido.

—Ya verás, ya verás, —dijo el Doctor conteniendo una risita.

—Venga ya, —respondió Steven—. No nací ayer, sabes. Ahora dímelo, o sino sea quien sea dirás que era a quien esperabas. —Cuando el Doctor no respondió, añadió: —Haces trampas. —el Doctor solo soltó un bufido.

Fue Sara la primera que se dio cuenta del visitante, al ponerse a la vista junto a unas rocas cercanas. Ella gritó y lo señaló.

El Doctor no estaba para nada sorprendido de ver al Monje Entrometido de nuevo. Él y Steven se habían encontrado con él antes. El Monje era del planeta natal del Doctor, y poseía una TARDIS más sofisticada que la del Doctor, aunque el Doctor se negaba a aceptarlo. Todavía tenía el circuito camaleón activo, por ejemplo, y esa era pista que el Doctor había cogido. Sabía que la máquina del tiempo que los había seguido estaría alrededor de este punto, pero como no era visible, debía estar disfrazada de alguna forma.

El Monje hizo un gesto, su angelical cara rota por una amplia sonrisa. —Hola, Doctor. ¿Sigue bien?

—No me puedo quejar. —Respondió el Doctor, sociable, como si se tratara de una reunión informal para tomar el té por la tarde.— ¿Y tú?

—Oh, más o menos, ya sabes. Más o menos.

Sara miró a Steven, cuyo rostro mostraba una mezcla de reconocimiento e irritación. —¿Quién es?— Dijo ella, entre dientes. Steven simplemente la hizo callar.

El Monje asintió a Steven. —Estoy encantado de verlo de nuevo, joven.

—Gracias. —Respondió Steven, secamente.— Me gustaría poder decir lo mismo.

—Supongo que las felicitaciones están a la orden. —El Doctor observó que su compatriota.— Por su escape. —El Doctor había tropezado accidentalmente con el Monje en Inglaterra en el año 1066, donde él estaba tratando de cambiar la historia y derrotar a las fuerzas invasoras de Guillermo el Conquistador. Al igual que el Doctor, el Monje tenía una fascinación por la historia de la Tierra. A diferencia del Doctor, que quería jugar e interferir y tratar de rehacer las líneas del tiempo según él sintiera que era mejor. El Doctor había cortado sus planes de raíz, y luego abandonado al Monje en la época mediante la eliminación del estabilizador dimensional de su TARDIS. Desde que la nave del tiempo se había disfrazado de un sarcófago de piedra, el interior se había reducido a una versión casa de muñecas de la sala de control para llenar el espacio más pequeño que disponía.

El Monje miró con aire satisfecho por ese comentario. —Bastante bien ¿no? —Dijo sin modestia.— Me tomó un poco de tiempo, por supuesto, pero luego di con la solución. Me las arreglé para conectar visualmente los circuitos del integrador de dimensiones a través de las conexiones del escáner, y crear un estabilizador temporal. De lo que podía entrar en mi nave y sustituir la unidad. Simple, pero innovador, ¿no le parece?

El Doctor inclinó la cabeza. —Mm, una solución interesante de hecho, y muy elegante. Algo que podría haber hecho yo mismo. Pero creo que pasaría un tiempo incómodo.

Tienes razón, Doctor – aceptó el Monje – Pero uno no puede tenerlo todo – su tono de filosófica resignación cambió a uno de maliciosa astucia – Es mejor que estar atrapado en 1066, supongo.

–Sí, me imagino.

Sara estaba cansada del incesante parloteo. Se volvió hacia Steven.

–¿De qué está hablando? ¿1066?

–Hemos conocido al Monje antes – respondió Steven en voz baja – Te lo explicaré más tarde. Sólo escucha por ahora – está a punto de pasar algo.

El Doctor se agarró las solapas, y le frunció el ceño al Monje, que estaba balanceándose sobre sus pies en su intento de controlar su emoción.

–¿Puedo suponer que es la razón obvia que te trajo aquí?

–Me temo que sí, Doctor – dijo el Monje, al parecer un poco avergonzado de esto. Entonces su rostro se iluminó de nuevo – La venganza es una extraña emoción, ¿no es así?

–Cierto, pero pensé que, bueno, esperaba que pudiera haberla superado. Ignoraba la tentación.

Miró al Monje sin mucha esperanza de esa eventualidad.

–Lo intenté, Doctor, realmente lo intenté – El Monje empezó a reír – Pero no pude. Oh, ya sé que es infantil, pero quiero mi compensación.

–Ya veo. – El Doctor levantó una ceja. ¿algunos planes?

El monje se frotó las manos, alegremente.

–Y todos llevándose a cabo. ¡Sí!, Me dejaste en 1066 – se echó a reír, lágrimas caían por su rostro. – Ahora, yo te he abandonado, ¡en el planeta Tigus!

Casi se cae de la risa mientras abría los brazos, abarcando el increíble paisaje.

–Siento seguir riéndome – dijo, entre vendavales de la alegría – ¡pero es tan difícil de controlar!

–Debe de ser – observó el Doctor secamente.

El Monje se agitó de nuevo.

–Adiós, Doctor. – Y recogiendo su bolsa, salió fuera de su vista. Su voz llegó de nuevo a ellos – ¡Tal vez vuelva y le rescate un día!

Steven corrió hacia donde el Monje había estado de pie, pero ya no había signo del esquivo personaje.

–Se ha ido – anunció, tristemente – Tenemos que encontrarle.